



ESCLAVA *de Fuego*

D.J.57

FANTASÍA ERÓTICA CON LA PRINCESA
VIRGEN Y EL SEÑOR DE LOS DRAGONES

SARA TOLEDANO



ESCLAVA DE FUEGO

Fantasía Erótica con la Princesa Virgen y el Señor de los Dragones



Por **Sara Toledano**

© Sara Toledano 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Sara Toledano.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

I

- ¡POR FAVOR, POR FAVOR, SEÑOR! SE LO RUEGO. TENGA MISERICORDIA. POR FAVOR. POR FAVOR.

Los lamentos del hombre retumbaron en el gran campo de batalla. Con una pierna fracturada y con su caballo mal herido a su lado, las súplicas fueron su única alternativa. ¿La razón? Estaba rodeada del olor de la muerte. De trozos de cuerpo, de sangre, de agonía. Era así. Por donde se mirara.

Apenas tuvo fuerza para moverse lo suficiente como para tratar de hablar con fuerza. Sobre él, estaban las patas de un enorme caballo negro. Con el resoplido en el hocico y con los globos oculares rojos de ira.

La mirada fría de un par de ojos grises, le hizo sentir que cualquier cosa que le dijera, era inútil. El caballero era el señor de esas tierras y el desafío de invadirlas, requirió pagar el precio. La osadía era un descaro que no pudo pasar por debajo de la mesa. No ante El Padre.

La tierra retumbó sobre el cuerpo del hombre porque el caballero de ojos fríos, bajó de su fiel animal. Acarició su cabeza por un rato, como ignorando la presencia de esa pobre alma que imploraba misericordia.

-Por favor, mi señor. La gente habla que usted es poderoso, que usted es valiente y que sabe el valor de la vida. Usted debe de saberlo porque arriesga la suya cuando va en batalla. Señor...

El Padre dio unos cuantos pasos hasta que su enorme sombra cubrió por completo la figura disminuida del hombre herido.

-No todas las vidas tienen valor, mi señor.

Él no supo qué decir ante semejante respuesta. En parte porque las palabras hicieron eco en su mete y retumbaron hasta en el último rincón de su cuerpo. Sin embargo, también era porque la presencia de su interlocutor, le resultaba intimidante y más aún cuando lo miró despojarse de su casco.

Al hacerlo, los cabellos de un rojo encendido, se movieron con el viento, luciendo como unas largas e intensas llamadas. Su figura alta, altísima de más de 2 metros, se impuso ante la planicie de lo que fue una vez un escenario de muerte y desesperación.

Dejó el casco en el lomo del caballo y se agachó para hablar con un poco más de

cercanía. En esa posición, el hombre pudo admirar con más temor la contextura de El Padre. Piernas y muslos enormes, torso firme, brazos de hierro. Una espalda ancha y gruesa. Parecía más una bestia que un hombre.

-Por favor, señor. Me han hablado de su misericordia, de que es capaz de perdonar, que tiene buen corazón.

Él sonrió con ironía.

-¿En serio? ¿Así se refieren a mí? ¿Cómo si fuera una buena persona? Vaya, eso sí que es nuevo.

-Se lo suplico, mi señor. Tengo esposa e hijas. Sólo quiero regresar con ellas.

El Padre extendió su mano cubierta del metal brillante de la armadura para acariciar el mentón del moribundo. Contuvo unas palabras porque le pareció divertido verlo así, humillado.

-No hará falta, mi señor. Ellas lo están esperando en el otro lado.

Se colocó de pie con rapidez y antes de que el hombre pudiera exclamar palabra, el acero caliente de la espada del caballero, cortó su cabeza limpiamente. El aire se cargó del olor metálico de la sangre. Al fondo, el sonido de las aves en el cielo.

-Hoy fue un buen día.

A cientos kilómetros de allí, un monarca de un reino próspero y libre, miró con preocupación una correspondencia que se le entregó horas antes. En pocas palabras, una gran amenaza se acercaba a pasos agigantados.

En vista de la situación, se levantó de la silla y dio unos cuantos pasos por el estudio. El único espacio en que se permitía estar lejos de la guardia real. La verdad, era que no sabía qué hacer. Se llevó las manos en la cabeza y siguió preguntándose cuál era la mejor solución. Sin embargo, era algo difícil de decir.

Temía por sí mismo y por su gente.

II

-Mi señora, no puede permanecer demasiado tiempo aquí. Es peligroso para usted.

-Venga, Eleonora. No pasa nada. He venido para aquí infinidad de veces. Aquí ya me conocen.

-Por eso se lo digo. Aquí saben que usted es la princesa y podrían hacerle daño.

-Confía un poco en la gente, Eleonora. No todos son tan malos como crees.

Helena caminó por la calles del bazar sin preocupación alguna. Fue de aquí para allá, comprando, mirando y riendo. Era lo que más le gustaba hacer durante los días que tenía tiempo para bajar al pueblo. El conocer a la gente, el de saber cómo vivían.

Desde niña siempre fue así. Al principio, sus padres la sometieron a un régimen estricto de vigilancia debido a que se escapaba demasiadas veces. Sin embargo, llegó el punto en que se rindieron y optaron dejarla pasearse entre la gente como quisiera.

Así llegó a volverse tan familiar como una más del montón. Esa identidad de mujer común y corriente le daba una agradable sensación de que por lo menos algunas horas, podría pretender que era alguien más.

Por otro lado, hubo un hecho que no se dejaba escapar del ojo público. Era innegable su belleza. Era alta, de tez blanca y ojos verdes. Su cabello, largo y dorado, siempre estaba arreglado con trenzas porque le gustaba la sensación de libertad que le daba. La nariz recta y los labios finos, una cintura pequeña y un andar dulce que la hacía ver como si flotara sobre el suelo. Su imagen era impactante para quien la viera.

Su personalidad dulce también resaltaba por su carácter fuerte. No temía ser sincera ni decir las cosas de frente. Fue por ello que más de una vez se metió en problemas con su padre. A pesar de eso, el rey la consideraba su más preciado tesoro así que trataba de cuidarla y protegerla tanto como podía.

Mientras seguía hablando con su dama de compañía, la guardia real se abrió paso en el medio del camino. La gente los miró pasar impresionada pero sólo por unos segundos. Al poco tiempo, recobraron la cotidianeidad, sin embargo, Helena tuvo el presentimiento de que algo había pasado. En contadas ocasiones, ellos actuaban con premura. Aquello era un mal augurio.

-Mi señora, mejor vámonos. Ya se está haciendo de noche y no es seguro.

-Está bien, está bien.

Recogió su cesto y se encaminaron al castillo. El paseo le resultó agradable y desde ese momento, comenzó a planificar el próximo día.

-Quizás una caminata, quizás una cabalgata por el bosque. Sí, no es mala idea. – Se dijo a sí misma mientras sonría para sus adentros.

Al llegar al castillo, se encontró con lo mismo de siempre. Los sirvientes caminando de un lado para el otro, lo cual daban una sensación de bullicio que le animaba. Así no sentía que el gran castillo era un lugar vacío o triste.

Subió las amplias escaleras y entró a su habitación la cual ya estaba comenzando a oscurecerse. Dejó el cesto sobre la cama, buscó varias velas y las encendió. Se sentó y comenzó a revisar lo que tenía entre las cosas que había comprado.

Unas cuantas manzanas y un pañuelo de seda. Tocó la tela y cerró los ojos. Era tan suave, tan delicada que temió romperla. La dobló delicadamente y la colocó sobre una mesita de noche que tenía allí.

Suspiró y luego se echó sobre la cama. Sabía que dentro de poco la llamarían para cenar pero al menos tendría tiempo para fantasear con las historias de amor que leía en los libros. Cerró los ojos y trató de imaginarse al caballero de sus sueños que vendría a por ella para darle una vida amor y felicidad por siempre.

¿Cómo se vería? ¿Sería alto, fornido? ¿Valiente, aguerrido o más bien sensible y dulce? ¿Vendría de un reino lejano o sería el hombre más humilde? Trataba de imaginar cómo sería el amor de su vida. Cómo sería entregarse completamente a un hombre. La sola idea le hizo ruborizarse enseguida.

Aunque lo deseara con todas sus fuerzas, sabía que su futuro esposo sería más bien el escogido para asegurar y proteger el reino de su padre. Así que sólo le restaba esperar por el elegido y pensar en lo mejor.

-Señorita, la cena está servida.

Eleonora le interrumpió de sus pensamientos. Le quitó la neblina de la duda de lo que sería su futuro así que se levantó, alisó el vestido y fue directo a la puerta. Lo cierto era que no tenía ni el más mínimo ápice de hambre, sin embargo, sabía que era importante hacerlo sobre todo para satisfacer a su padre. No quería escucharle decir una perorata acerca de lo importante de tener buena salud.

Terminó de bajar los escalones y se dirigió al gran salón en donde se encontraría

el rey. Sería como una de esas tantas noches. Apenas llegó, su padre se encontró de pie junto a su silla, pero dándole la espalda a todo los demás. Helena se sintió extrañada y en seguida su padre dio la vuelta para verla.

-Hija mía...

La tez estaba tan blanca que parecía un fantasma. Los ojos estaban rojos y su expresión pareció tratar de esconder la preocupación que realmente albergaba en su cuerpo.

-Padre... ¿Pero qué...?

-Lamento ser emisor de malas noticias, hija mía. Malas noticias que son una desgracias para mí y para el reino. Mejor siéntate.

-No, padre. Estoy mejor así.

-Bien.

Comenzó a caminar de un lado a otro.

-No has llegado una correspondencia alarmante de otro reino. Uno que se atrevió a enfrentarse al ejército de un poderoso caballero. Su pueblo lo llama El Padre y también como El Señor de los Dragones. Su casa se pensó destruida hace siglos pero él regresó como el único heredero y está dispuesto a conquistar a todos los reinos para sí.

-¿El Señor de los Dragones? ¿Dragones? ¿De verdad existen? Pensé que eran cuentos para asustar a los niños.

-Yo también, pero lamentablemente no es así. Se han escrito informes sobre los campos de batallas y son espeluznantes. Son seres increíblemente poderosos y sólo pueden ser controlados por este caballero que te menciono.

Helena no pudo sostenerse por más tiempo de pie, así que tomó la silla y se sentó.

-Atacaron el reino más cercano a nosotros. Fue una catástrofe. Arrasó con todo, Helena. Todo...

-¿Qué se puede hacer, padre? Debe existir una manera de frenar el hambre de poder de este hombre. No puede ser que todos sucumbamos a él.

-Eso he tratado apenas tuve información. Al principio pensé que sólo era asunto de destruir a sus dragones ya que son el arma más poderosa que tiene, sin embargo, es un gran combatiente. Es feroz en la batalla y ningún rival se le iguala. Cuando va a pelear, lo hará hasta las últimas fuerzas.

Helena pareció escuchar la noticia más amarga en mucho tiempo. Trató de encontrar algo más que decir pero las palabras estaban soldadas a su garganta.

-Viene a por nosotros, hija. Mis oficiales más cercanos han confirmado la noticia esta tarde.

Ella recordó inmediatamente a la guardia real galopando velozmente en medio del pueblo.

-No sé qué hacer. Mi ejército es considerablemente menor después de que varios reinos firmamos el pacto de paz. Sus hombres nos triplican, temo que más.

-¿Será posible hacer una audiencia con él, padre? Quizás tiene un poco de sensatez en la cabeza y no lo sabemos porque estamos sumidos en presunciones y supuestos.

-No lo sé, hija mía. Temo que estaríamos guardando falsas esperanzas.

-Tenemos que hacer el intento. Hay gente inocente...

Justo en ese momento se le quebró la voz. Trató de permanecer fuerte pero no pudo. El mundo alrededor se le derrumbaba a pedazos. Pensó en los niños, en las mujeres que vendían dulces en la fuente, en la gente que saludaba y trataba como si fuera su familia. No podía desampararlos, no podía dejarlos a su suerte.

-Podría enviar una comunicación para que hablemos con él. Es lo único que creo que podría funcionar. Pero te seré sincero, hija mía. No albergo grandes esperanzas al respecto.

Helena bajó la mirada al suelo, trató de encontrar un alivio en la propuesta de su padre, sin embargo, supo que aquello era un absurdo. Si las cosas eran como él se las relató, el panorama no era nada alentador.

III

Un mapa gigante estaba expuesto sobre la pared de piedra. En él, estaban dibujados los continentes. Sobre aquellos trozos de tierra de papel, descansaban unos puntos de rojos que indicaban la conquista de los reinos. El dedo blanco y grueso de El Padre se paseó por toda la superficie suave. A medida que lo hacía, una sonrisa se le dibujó en el rostro.

-Mi señor, estos son los planos para construir la nueva fortaleza. Las catapultas también están acondicionadas para que sean más potentes en batalla.

-¿Cuántas vienen en camino?

-Unas trecientas, señor.

-¿Y la caballería?

-Los caballos están en el establo siendo revisados. Pocos heridos y los que están, se recuperan satisfactoriamente.

-Excelente. En cuanto tengas más información, repórtate de inmediato.

-Sí, mi señor.

El comandante general de sus ejércitos se retiró velozmente de aquel estudio en ese imponente castillo negro. El oscuro habitante, permaneció un rato allí, en silencio.

Luego, se sentó en una opulenta silla de madera con finos relieves los cuales eran cabezas y cuerpos de dragones de todo tipo. Miró hacia el frente y se encontró con el paisaje de la tarde. El cielo estaba despejado aunque el viento frío le golpeaba el rostro.

Pestañeó un par de veces y se levantó para volver al mapa que tanto orgullo le daba. Sus ojos quedaron justos sobre uno de los reinos más prósperos y libres del país. Soñaba con tener sus arcas repletas de oro, sus tierras fértiles y la envidiable ubicación cerca del mar.

Con los ciertos ajustes que se hicieran, sería posible convertirla en uno de los puntos más fuertes de entre sus conquistas. Además, con ello estaría más cerca de ser el hombre más poderoso de la tierra.

Antes de que la ambición y el hambre de poder formaran parte de su vida, El Padre y Señor de los Dragones, era conocido por el círculo familiar e íntimo

como Gabriel.

Él provenía de una familia de guerreros temidos por todos los reinos. De gente alta, blanca y de cabellos color fuego, hombres y mujeres estaban destinados a conquistar cada rincón que les apeteciera. Sin embargo, gracias a una traición, el Rey Dragón, padre de Gabriel, fue asesinado en su propio castillo y su familia desterrada. Jamás volverían a la vida de prosperidad y triunfo a la que estaban acostumbrados.

En medio de la desgracia, la madre de Gabriel le recordó que tenía sangre real corriendo por sus venas por lo que, además, era un luchador nato. Si bien no estaría rodeado de los lujos dignos de un heredero, al menos desarrollaría las habilidades propias de su familia.

Pasó años aprendiendo equitación, lucha con espadas, combate cuerpo a cuerpo y estrategia militar. A medida que crecía, sus padres lo comenzaron a reconocer como alguien con increíble talento e ingenio, con un liderazgo natural y con dotes de ser un gobernante poderoso.

Tras la muerte de su madre, Gabriel se juró a sí mismo que regresaría a sus tierras para recuperarlas. También tomaría todo aquello que querría con sólo un chasquido de sus dedos.

Paralelamente, el rumor de que había un heredero, corrió por las calles de todos los reinos y casas enemigas. Trataron de buscarlo, de dar con su rastro y matarlo. La sola presencia de uno, representaba una amenaza, así que Gabriel escuchó cualquier cantidad de historias de muerte sólo porque lo buscaban a él. Ahora, su objetivo no sólo era vengar a su familia sino a aquellos que también murieron. Sus enemigos también pagarían con sangre.

Tuvo que esperar un poco más de tiempo para descubrir un secreto familiar sorprendente. Un día, de regreso de un entrenamiento, fue emboscado por un grupo de ladrones de poca monta. 10 hombres lo rodearon y le quitaron el paso. Gabriel, supo que no podría enfrentarse a todos y salir victorioso, pero al menos haría el intento.

Pelearía hasta el final. Desenvainó su espada y luchó fervientemente con cada uno. Resistió golpes, insultos y humillaciones. Todo su esfuerzo, no obstante, se vio mellado y cayó al suelo gravemente herido. Sus ojos quedaron ciegos por la sangre y por la frustración.

Fue entonces que sintió la ira despertar en la boca del estómago, una especie de manifestación extraña que le hizo experimentar un fuego que le recorrió todo el

cuerpo. Se volvió más intenso a medida que recibía más golpes.

De repente, se levantó con increíble poder y su cuerpo se cubrió de llamaradas rojas y azules. Sus ojos grises, acabaron por verse carmesí y gracias a su altura, pareció un monstruo. Los atacantes se encontraron fascinados por la criatura pero luego corrieron por su vida.

Gabriel parecía una fiera. Su ferocidad fue descomunal. Sus pasos se marcaron en la tierra a fuego, como si sus pies fueran un par de hierros candentes. El combate no duró mucho después de ese episodio.

Cuando las cosas se calmaron un poco, Gabriel cobró consciencia de que había algo oculto en su familia. Aquella transformación debió corresponder a un fenómeno y de inmediato trató de encontrar la explicación.

En los pocos afectos de su familia, encontró un árbol genealógico y el diario de su madre. Al tomar el primero, reconoció los nombres de sus abuelos, abuelas, tíos, primos y hasta sus padres. Todos ellos tenían ascendencia y descendencia impresionante. Se unieron familias poderosas en lo militar como en lo económico. Sin embargo, siguió leyendo hasta que notó el símbolo del dragón en unos cuantos nombres. Incluso el suyo. No lo entendió bien y buscó el diario de su madre para encontrar más respuestas.

Encontró experiencias, relatos y hasta canciones de su país natal. En ese instante, conoció la habilidad de su madre para la pintura. Estaba maravillado. Aunque tenía emociones encontradas por lo que estaba viendo, Gabriel dio con lo que estaba buscando.

“Mi hijo heredó el rojo fuego de su padre, aunque he de decir que goza del color de mis ojos. Verlo es enamorarme más de él. Pero he de describir un episodio que me confirmó la sospecha que tengo. Un día, cambiándole las ropas, se enojó por algo que ahora no recuerdo. En ese momento, su llanto se ahogó y su carita cobró una mueca poco agradable. Su piel blanca se tiñó de colores rojos y azules. Incluso pude ver pequeñas llamaradas que emanaron de él. Asustada, no supe qué hacer. De repente, él volvió a su carácter tranquilo como si nada hubiera pasado. Deberé contarle a mi señor esposo para que me ayude a entender mejor esto. Pero estoy casi segura que Gabriel es El Señor de los Dragones como algunos de su familia”.

El hecho lo dejó perplejo. No sólo su madre sospechaba de sus poderes sino que también algunos de los suyos también lo tenía. Más sorprenderte aún, sin embargo, la historia no llegó hasta allí. Luego de comenzar la empresa para limpiar el nombre de su familia, Gabriel se topó con unos huevecillos entre las

penumbras de su castillo.

Eran tres y resultó ser la herencia de su padre. Los huevos eran de dragones. Él no sólo tenía un poder extraordinario, sino que también tenía la capacidad de controlar a los dragones a su antojo. Sólo le respondían a él.

Gracias a su preparación y a sus nuevos descubrimientos, fue cuestión de tiempo para que los reinos supieran de él. Se presentaba en el campo de batalla como un enorme hombre vestido de plata y con el cabello de fuego ondeando en el viento. La mirada fría de sus ojos grandes y grises, dejaban intimidados tanto aliados como enemigos.

Su habilidad en batalla era más que suficiente para la derrota aunque le pareció divertido usar la sola presencia de sus queridas bestias para infundir el miedo que quería. Se reía a sus adentros mientras observaba a hombres corriendo por el campo rogando por sus vidas.

Gabriel, El Padre, El Señor de los Dragones, todavía miraba el mapa frente a sus ojos. Deseaba tanto ese lugar, que casi sintió como si fuera un niño ansioso por jugar.

-Mi señor, disculpe que lo interrumpa. Nos ha llegado esta comunicación urgente para usted. Del reino del Norte.

-Vaya... Si se trata del mismo lugar a donde queremos ir. ¿Será invitación? Ja, lo dudo mucho. ¿Qué dice?

-¿Se lo leo, mi señor?

-No pierda tiempo.

-“Mi estimado señor, hemos encontrado que desea llegar a nuestras tierras para reclamarlas como suyas. Sin embargo, este es el hogar de cientos de mujeres, hombres y niños que encuentran estas tierras como su hogar. El ejecutarse de sus planes, sólo representarían la destrucción de estas vidas y de la paz que he asegurado a mi reino. Le propongo, mi buen señor, que se acerque para que hablemos civilizadamente y...”

-Callaos. Suficiente.

-¿Qué haremos, mi señor?

-¿Para cuándo es la invitación?

-Pues, según desee. No tiene fecha estipulada.

-Bien. Que así sea entonces.

-¿Quiere decir que iremos, mi señor.

-Eso es correcto. No podemos rechazar algo así. Además, también aprovecharemos la ocasión para mirar más de cerca nuestra próxima conquista.

-Entendido, mi señor.

-Preparen todo. Partiremos mañana al amanecer.

El comandante dejó el estudio y Gabriel volvió a quedarse solo. Estaba pensativo pero también divertido. Quizás ni tendría la necesidad de romper puertas ni abrir fuego, aquello era una oportunidad de oro, sencillamente.

Se sentó en su silla de madera y siguió mirando el infinito. Las cosas estaban saliendo mejor de lo que esperaba.

IV

“Mi señor,

Mañana en la mañana, mis tropas y yo saldremos al encuentro que usted muy amablemente ha propuesto. Estoy ansioso por el que llegue el día y hablar más sobre nuestros planes.

Señor Gabriel del Reino de los Fuegos y Padre de los Dragones”.

-Esta correspondencia llegó en poco tiempo, señor. Estimamos que fue enviada con carácter de urgencia.

-Bien, quiere decir que hay posibilidades que este hombre tenga algo de sensatez. Es algo que necesitamos con urgencia.

El rey se sentó en el trono con el entrecejo fruncido. Con la mente dándole vueltas. Por un lado, tendría la ocasión de conocer al famoso El Padre. Finalmente se daría cuenta si eran ciertas todas aquellas habladurías de su poder y de sus logros en batalla. Por otro lado, no estaba muy seguro cómo reaccionaría ante su presencia. Temió también por su hija y una sensación de protección le invadió el cuerpo. No sabía qué paso debía tomar.

Desde el otro lado de la habitación, sin que él advirtiera de su presencia, Helena miró a su padre con desesperanza. Supo que recibió una correspondencia pero no supo el contenido de la misma, así que estuvo entre las cortinas y las grandes columnas de mármol con la expectativa a flor de piel.

Caminó con cuidado y se escabulló hasta llegar a la fuente principal del castillo. Mojó sus dedos en el agua cristalina y fresca. Sus pensamientos estaban enfocados en recuerdos y momentos felices. Sin embargo, tenía la sensación de que aquello era una pérdida de tiempo y que más bien parecía que se acercaba una amenaza inminente. Fuera quien fuera, estaba por cambiar su vida por completo.

La noche cayó de repente. Después de una cena silenciosa y pesada, Helena y el rey fueron hacia sus aposentos con los nervios agitados. Ella, con las sábanas entre las manos, miró el techo abovedado. Sus ojos estaba abiertos como dos platos. Los párpados no cedían a pesar del sueño y el cansancio.

Gabriel se encontró en una situación similar. A pesar de estaba seguro que esa tierra sería suya, algo no lo dejaba dormir. El sonido de los grillos o la completa oscuridad no eran suficientes para arrullarlo. Era como sentir que estaba

acercándose a algo y que estaba a punto de tomarlo entre los dedos.

-Falta poco. Falta muy poco.

La mañana siguiente el ruido del galope de cientos, miles de caballos estremecieron los valles verdes del norte. Entre los bosques, ríos y riachuelos, caballos, carretas y hombres manifestaron su presencia por el ruido constante a su paso.

Frente a todos ellos, estaba Gabriel. Junto a él, el comandante general quien llevaba el estandarte de la casa de su señor. Era un enorme dragón rojo enroscado en forma de anillo, rodeándolo, llamaradas del mismo color. La tela negra en donde estaba estampada la imagen, ayudaba a resaltar aún más el temido símbolo. Uno que cualquier reino estaba ansioso por escapar.

Las tierras se volvieron más bellas y brillantes a su paso. Sin duda era un lugar impresionante y rico. Había sembradíos y pequeñas cabañas. Animales pastando y aves por los cielos. Era una especie de paraíso en la tierra.

Gabriel reconoció que prefería verlas así que destruidas por el fuego de su cuerpo o por el de sus adorados dragones. Sí, sería una verdadera lástima.

Galoparon a toda velocidad hasta que llegaron a su destino alrededor del mediodía. Él se sorprendió porque resultó que estaban más cerca de lo esperado. Se detuvo frente a las grandes puertas de madera hasta que estas bajaron lentamente para dejarlo pasar. Antes de llegar allí, destinó el resto de su ejército a un campo grande para que acamparan. Mientras, él iría con el comandante y varios miembros de su guardia real.

Cuando finalmente se abrieron las puertas, su caballo dio unos cuantos pasos y avanzó con lentitud. A pesar que estaba ansioso por demostrar su poderío, sabía que tenía que actuar con cautela. Era posible que esa bienvenida más bien se trataba de una emboscada. Estaba preparado para cualquier tipo de terrible escenario.

Las calles de piedra y tierra, las miradas de miedo de los súbditos, el verdor que también se extendió hasta el centro del pueblo, el aire fresco. Cada detalle que observó y sintió Gabriel le resultó más que agradable. El lugar le gustó tanto que ya estaba planificando la manera de mejorar las construcciones y de hacerlas más fuertes. La ansiedad no le hizo notar que estaba llegando al castillo sino hasta que su hombre de confianza se lo advirtió.

-Mi señor, allí está el rey y creo que ella es la princesa Helena.

-¿Princesa?

-Sí, mi señor.

Terminaron de hablar cuando observaron el comité de bienvenida en la escalinata en la entrada del castillo. Gabriel se sorprendió a ver la majestuosidad de aquella construcción. Indudablemente era hermosa, preciosa.

Se bajó del caballo con una facilidad y gracia que casi dejó en ridículo al resto de sus acompañantes. Se quitó el casco de metal y dejó en evidencia el fascinante rojo del cabello. La brisa pareció que acarició las hebras con delicadeza, haciéndolo ver como un dios nórdico.

Él caminó unos pasos hasta que se encontró de frente con el monarca. Le hizo un gesto con la cabeza.

-Mi señor, muchas gracias por recibirme con amabilidad.

-Más bien tengo que agradecerle a usted por aceptar mi invitación.

Aunque estaba paseando sus ojos sobre lo que sería su nueva conquista, Gabriel notó el resplandor del color verde de la mirada de una joven hermosa. Alta, blanca, de cabellos dorados, con el rostro más hermoso y perfecto que jamás había visto. Internamente, gozó con la idea de tomarla también para sí, como un precioso botín.

-Junto a mí se encuentra mi hija, Helena.

Gabriel ascendió unos escalones más hasta acercarse casi con descaro. Le tomó una de sus manos y la besó con suavidad. Sus labios se regocijaron al probar la piel delicada de Helena, tan blanca, tan suave.

-Mucho gusto, su majestad. Es un placer.

Ella apenas alcanzó en ofrecerle una sonrisa evidentemente forzada. Sin embargo, no pudo retirar la mano de esos labios ni de esa galantería que la atrapó en un primer momento. Salió del trance al recordarse a sí misma que se trataba de un hombre que dejó en claro sus intenciones de poder. Así pues que lo miró con aire frío y con distancia.

-Venga conmigo, le hemos preparado una velada agradable.

-Agradezco sus esfuerzos pero debo detenerlo. No quiero que pierda más el tiempo. He venido con el objetivo de serle franco, tan franco como me sea posible. ¿Podríamos destinar un lugar para hablar más cómodamente?

Esgrimió una amplia sonrisa mientras que hizo una mirada insistente. El rey no

le quedó más remedio que guiarlo hasta el salón principal. Mientras caminaba, Helena sintió que debía también ir, era una cuestión de deber.

-Hija, es mejor que te mantengas al margen de esto.

-No, padre. No puedo. Tengo que intervenir por esta gente tanto como tú. También ellos me preocupan y lo mínimo que puedo hacer es escuchar lo que este hombre tiene que decir.

Su padre no pudo objetar con la pasión de su hija así que accedió casi resignado. Así pues que los tres, más el comandante general, pasaron al gran salón. El lugar estaba vacío con un ambiente más pesado que nunca. El rey tomó su lugar en el trono y Gabriel permaneció a unos cuantos metros lejos de él.

-Le agradezco que me dé la oportunidad de hablar con usted. Lo haré con toda la franqueza posible porque creo firmemente en la necesidad de la honestidad por sobre todas las cosas. Su reino, mi buen señor, forma parte de uno de mis objetivos a lograr. Tiene tierras excepcionales y una ubicación envidiable. Este lugar podría convertirse en una fortaleza. Por lo cual, deseo tomar esto para mí. Se lo planteo de esta manera porque creo que podríamos evitar un derramamiento de sangre innecesario.

Las palabras de Gabriel produjeron una cólera al rey que sólo se manifestó a brotársele una vena de su frente. Helena, mientras, miraba la escena horrorizada, como si no pudiera dar crédito a las palabras que estaba escuchando.

-Usted cree que puede tomar las cosas a su antojo, que todo esto le pertenece. Pues déjeme decirle que está muy equivocado. Yo me debo a mi pueblo y mi trabajo es hacerles vivir en paz y prosperidad. Sus ansias de poder no me interesan, así que váyase.

-Mi señor, le insisto, esa decisión no le conviene en absoluto. Vidas inocentes podrían perderse. Verá, a pocos kilómetros se encuentra mi ejército y usted sabe tanto como yo que los supero en número y en armas. Con un chasquido, puedo convertir todo esto en sangre y fuego. Mida sus palabras.

Helena sintió un frío helado por su espina. Debía actuar. Tenía que actuar como diera lugar, así que se levantó de repente.

-¡Usted no puede hacer esto! ¿Qué clase de persona es?

Todo quedó en silencio. La voz dura pero quebrada de la princesa hizo eco por segundos que se hicieron sentir como la eternidad.

-Bien, me parece que no tenemos más nada de qué hablar. Ya veo que tomó su

decisión, así que prepárese. Usted y su reino se convertirán en cenizas. Se lo aseguro.

Tango él como su comandante, dieron la vuelta y caminaron hasta las puertas del salón. El paso firme no les permitió escuchar lo que pasó inmediatamente después. El padre de Helena cayó desmayado en el trono. Ella emitió un alarido y corrió rápidamente hasta alcanzar a Gabriel.

-Señor, ¿por qué hace esto? ¿Por qué no para en sus intenciones? Nosotros no tenemos nada que ver.

Gabriel le hizo una seña a su acompañante para que los dejaran solos.

-Princesa, todo lo contrario, tienen mucho que ver. Ustedes están en medio de mi camino y si tengo que quemar el reino entero para que se rindan, lo haré. –En ese momento, cambió drásticamente de expresión – Sin embargo, creo que podría aceptar otra alternativa que también podría ser beneficiosa para ambas partes.

Ella comprendió las palabras.

-Usted es un bárbaro.

-Y usted una hermosa mujer que puede hechizar a cualquiera, princesa. Sólo basta con posar los ojos sobre usted para que cualquiera se dé cuenta de la joya que es. Apuesto que su padre también lo sabe. Entonces, esa es mi oferta. Cásese conmigo o si no convierto esto en cenizas.

Los ojos filosos y grises se volcaron hacia ella con una intensidad casi insoportable. Helena, tratando de mantener la compostura, se giró para ver el cuerpo lánguido de su padre. Volvió hacia donde estaba Gabriel y lo miró con desprecio. No obstante, había algo en él que pareció atraerla más, cada vez más.

Se mostró dudosa, con miedo, estaba desesperada y su mente sólo recreaba escenarios fatales. Su consciencia nunca le permitiría descansar en paz. Ni un minuto.

-Está bien...

-¿Está bien qué?

-Me casaré con usted...

Gabriel volvió a sonreír victorioso por aquel encuentro. Estaba satisfecho porque no tendría que ni mover un dedo. Obtuvo lo que quiso ejerciendo un poco de presión.

-Excelente, princesa. Excelente elección. Ya verá que no se arrepentirá.

Se giró bruscamente y salió por las puertas como alma que lleva el diablo. Helena, mientras, regresó a su padre con un sentimiento de alivio y terror.

V

Los arreglos para la boda fueron los días más tristes de Helena. Las telas brillantes y finas, las hermosas flores, los dulces, la comida, la música. No había nada en el mundo que la consolara de su inmensa tristeza. Estaba por unirse al hombre más despiadado jamás conocido y no tenía forma de escapar.

Encontró consuelo en los días en los que paseaba por el bazar, en donde caminaba por allí, distrayéndose entre los olores y los colores de los puestos. Las ofertas, el olor a tierra y las risas de quienes estaba allí, ignorando por completo que estaban vivos gracias al sacrificio de ella.

Sin embargo, durante las noches, enterraba su cabeza en la almohada. Lloraba sin parar. Imaginaba su vida infeliz y todos sueños rotos por la ambición desmedida de un hombre.

Las cosas no eran muy diferentes para el rey. Si bien aquello representó una solución al problema, también era doloroso ver cómo la alegría de su hija, cómo sus ganas de vivir se vieron reducidas a un pacto doloroso. Por más vueltas que le diera, aquella boda era una victoria al mismo tiempo que una derrota.

Para Gabriel, el hecho de que se acercase la fecha lo tenía entusiasmado. Enseguida preparó su castillo para albergar a quien sería su reina y se aseguró de explorar un poco más las tierras de la familia de Helena. No podía creer en su buena suerte.

Por otro lado, cuando estaba convencido de haber tomado la mejor decisión, recordó los ojos verdes suplicantes de ella al pedirle que no hiciera más daño. Recordó ese rostro bello, perfecto, resplandeciente como un día de sol. El cabello atado en trenzas, el porte al caminar, incluso la sonrisa falsa que le esgrimió cuando se conocieron. Aquel recuerdo le produjo una sonrisa. Era extraño que lo hiciera cuando el motivo era una mujer.

Finalmente el día llegó. Las calles y casas del reino del Norte, se vistieron con las mejores galas. Flores blancas y perfumadas adornaban cada rincón para celebrar el matrimonio de Helena y Gabriel. Aunque los súbditos desconocían al misterioso hombre de mirada fría y cabello encendido, estaban felices porque su princesa se convertiría en reina.

Las canciones de celebración y fiesta no animaron ni a Helena ni al rey. Los dos trataron de mantener cierta compostura pero no pudieron, menos cuando se encontraron solos.

-Hija mía, no puedo entender el tamaño de tu sacrificio y del dolor que sientes ahora.

-Padre, es mejor que pensemos de esta manera. Mucha gente se salvará y estará bien. Todo estará bien...

Estalló en lágrimas. El rey la abrazó y los dos permanecieron juntos en el sollozo. Ese fue el día en donde la princesa más bella del mundo era increíblemente infeliz.

El gran salón lucía como un cuento de hadas. Velas blancas, flores y perlas adornaban los asientos de madera de color oscuro. Al final, se encontró Gabriel vestido de negro absoluto. Tonalidad que le hizo resalta aún más el color de su piel y cabello. Lucía más poderoso así como sensual.

Severo y tranquilo, estaba allí esperando a su futura esposa. Los asistentes de la ceremonia, estaban aún pasmados con la decisión de tal unión.

La imagen ruda de Gabriel contrarrestó con la de Helena quien entró al salón con aire solemne. Tenía un velo de tul con destellos que la cubrió por completo. Sin embargo, la imagen sola de su hermosa figura conmovió a todos los corazones, incluyendo el de Gabriel.

Ella caminó sola hasta que se reunió junto a él. Las grandes manos de El Padre, retiraron el velo del rostro de Helena, mostrándola pálida y hermosa. Tenía las mejillas rosadas y carmín en los labios. El verde de sus ojos, sin embargo, lució apagados pero aun así, era tan hermosa que costó explicarlo con palabras.

La ceremonia fue corta y sencilla. Los dos intercambiaron sus manos para salir de allí y celebrar una reunión en los jardines. Al salir juntos por primera vez como marido y mujer, Helena se sintió casi descompuesta. Quería salir corriendo, quería dormir y despertar de esa pesadilla. Pero todo aquello le resultó tan real y doloroso que tuvo que escarbar dentro de sí para encontrar fuerzas para continuar.

Se sentaron en una mesa preparada para los dos mientras la celebración comenzó. Un grupo de música comenzó a tocar alegres canciones. El rey estaba en el otro extremo, pálido y desanimado al igual que su hija.

-Querida, ahora que eres mi esposa, me encantaría que al menos fingieras que estás feliz. No resulta confiable tener esa expresión que tienes ahora.

-No puedo fingir algo que no siento.

-Bien, no estaría mal que hicieras el intento. ¿Qué esperas para hacerlo?

Helena sintió tal desprecio que se levantó de repente, fingiendo que quería tomar algo de una de las mesas. Sonrió a la gente y se acercó a varios, agradeciéndoles su presencia. Trató de distraerse y de despejar su mente, pero no pudo. Él estaba allí, mirándola como un centinela.

Cuando se dispuso a sentarse de nuevo, al darse cuenta que no podía escapar de la situación, Gabriel se levantó y fue hacia ella. Todos estaban muy atentos con los novios.

Él le tomó la mano, hizo un gesto al grupo de música y tocaron una canción muy suave. Fueron al medio del salón y comenzaron a bailar. Sorprendentemente, los pasos de Gabriel eran suaves y delicados, sus manos, grandes y toscas, se posaron sobre su cintura como si no se sintieran. La guió por toda el espacio ante la mirada de los invitados.

Helena no pudo evitar mirar a Gabriel. Ciertamente, sus ojos grises eran penetrantes pero sin duda, tenían un fuerte magnetismo. Ella se sostuvo de su mano y casi sintió por un instante que él era esa imagen de los príncipes de ensueño que tanto leyó en los cuentos e historias.

Siguieron danzando hasta que la pieza terminó. Los dos se juntaron en una sola mirada hasta que él tuvo el valor de darle un beso. Al principio, Helena trató de zafarse de entre sus brazos, aunque, el forcejeo terminó en un abrazo y en un beso más intenso.

Los labios de Gabriel se sintieron cálidos y suaves. Sus manos rozaron la piel de ella con una dulzura inexplicable, como si fuera otro hombre quien lo hiciera. Helena estaba tan embebida por las sensaciones que casi sintió que estaba en una especie de éxtasis. Al abrir los ojos, encontró un ápice en los de él como no había visto, un ápice de algo bueno. No estaba segura si aquello fuera capaz.

Al retirarse la gente comenzó a aplaudirlos eufóricamente. Esa demostración de amor daría tranquilidad a quienes vivían en el reino con el fin de celebrar esa nueva unión.

Al caer la noche, el rey abrazó a su hija por un rato.

-Hija mía, que mis buenos deseos y de quienes te hemos amado durante toda vida, te acompañen siempre. Eres ahora una mujer de bien que debe velar por sí misma. No dudes nunca, sin embargo, que si te encontrases en problemas, acudas a mí. No lo dudes ni un instante.

Ella se aferró a él con desesperación. No sabría cuándo sería capaz de volverlo a ver. Temió por él porque, a pesar de su matrimonio, era probable que todavía siguiera siendo blanco de las intenciones de poder de Gabriel.

Soltó sus brazos y en medio de una lluvia de pétalos de flores blancas, Helena tomó la mano de su esposo y se subió a un carruaje. Echó un último vistazo del lugar y trató de no llorar. Era la imagen de ese hogar que dejaba para siempre.

El camino comenzó poco después de esa amarga despedida. Helena tenía la mirada fija hacia sus pies mientras que Gabriel estaba concentrado en los próximos objetivos a alcanzar. Con la alianza que acababa de hacer, tendría acceso a las arcas del reino del Norte así de un mayor número de hombres para su ejército. Obtuvo más de lo que pudo pedir en un principio.

Luego de esos pensamientos, se concentró en Helena. Ciertamente lucía desecha y más blanca de lo normal. Pudo comprender a través de su lenguaje corporal, que ella estaba a poco tiempo de llorar.

-Pronto conocerás tu nuevo hogar. Te encantará lo que tengo preparado para ti.

-Nada que venga de usted es bueno para alguien. Sólo trae desdichas y dolor.

-No me interesa lo que pienses sobre mí. Además, es un poco tarde para eso, ¿no crees? Estamos casados y ahora tienes que comportarte como una buena esposa. Ese es tu deber de ahora en adelante.

Le dirigió una mirada gélida y ella suspiró de dolor.

Los kilómetros siguieron acumulándose hasta que se acercaron a unas tierras oscuras. Helena, miró por la ventana y observó un paisaje muy diferente al suyo. La tierra era de hecho negra y el cielo, gris. Poco a poco, emergió en el horizonte un gran castillo del mismo color. La superficie de sus paredes parecía brillar de una manera misteriosa.

-Bienvenida a El Castillo del Fuego.

Ella entreabrió la boca por la sorpresa. El antiguo hogar de la familia de Gabriel, fue retomado por él en batalla. No podía tener un reino si no contaba con un lugar para establecerlo. Así que se enfrentó con los usurpadores, los despellejó y luego los quemó vivos. No hubo rastro del daño que hicieron sobre su territorio.

Al recuperar el castillo, Gabriel se aseguró de hacer las refracciones necesarias. Las paredes de piedra se alisarían para que fueran imposibles de escalar, habría trampas por los alrededores, parte de la guardia real estaría alerta ante cualquier intento de ataque y, para el final, sus dragones estarían libres, tan libres como

ellos quisieran para que su sola presencia bastara para convencer a los visitantes indeseados que lo pensarán un par de veces. Al final, el lugar retomó el resplandor de sus días de gloria y se convirtió en una morada digna de un rey como él.

Llegaron al poco tiempo. El carruaje se detuvo en la puerta y los dos caminaron por una larga senda. A diferencia de la belleza verde del norte, el castillo de Gabriel, oscuro y frío, tenía sin embargo su propio encanto. Tenía un paisaje abierto, de tierra negra y compacta, como si fuera de otro mundo.

Para Helena, esto le resultó interesante porque no pensaba que El Castillo del Fuego tuviera ese aspecto. Su mente le dibujó otro escenario.

Ella caminaba frente a él, admirando todas las grandezas que había construido en poco tiempo. Se divirtió al saber que eso la sorprendió. Por otro lado, también se dedicó a mirar un poco más las formas que ella tenía.

La manera de caminar, las hebras de cabello que se movían en el viento, la blancura de su piel. Incluso el perfume de las flores que tenía en el tocado. Helena tenía una condición etérea que casi la hacía ver como si fuera un ser de otro mundo. Y para él, estaba comenzando a verse así.

Finalmente llegaron las altísimas puertas del castillo. Un par de guardias custodiaban el lugar, así que saludaron a su monarca con respeto. Se adentraron y Gabriel le dijo a Helena:

-Sígueme, te llevaré a los aposentos.

No había sirvientes y el ambiente estaba desolado. De nuevo esa sensación de vacío y dolor la embargó. Era arrastrada de nuevo a la tristeza.

-Esta es tu habitación.

Ella miró el lugar un poco extrañada. Aunque era un espacio grande, la piedra negra le resultó demasiado agobiante. Por si fuera poco, además del aspecto lúgubre, también notó un grillete que salía de una de los postes de piedra de la cama.

-¿Qué es?

-También es para ti. Como quiero preservar mi inversión, no quiero que se te cruce por la mente la idea de escaparte. No hay manera y menos con esto. Siéntate.

Ella no pudo emitir palabra. Él, por su parte, estaba ocupado atándola a ese trozo

de metal pesado.

-Podrás caminar con esto e incluso dormir. Pero no, ni lo pienses. Serás incapaz de salir por la ventana. Primero porque la cadena no llega hasta allá y segundo por las paredes... Bueno, si logras hacerlo, de seguro uno de mis dragones te harán cambiar de opinión.

Le sonrió con malicia y se fue de allí tan pronto como terminó. Helena, en vista de todo lo sucedido, se dejó caer en la cama para llorar.

VI

Los días y las noches transcurrieron como una pesadilla sin fin. Esta no era la idea que tenía Helena sobre el matrimonio. Esto que estaba viviendo era una completa tortura, una que ansiaba ver terminar algún día.

Encerrada en esa habitación, comía y dormía como si ese espacio era lo único de lo que podía disfrutar de ese mundo. Cuando su espíritu se lo permitía, se asomaba un poco a la ventana y veía atenta el aletear de las enormes alas de los dragones.

Desde que estaba allí, los veía cuando se mostraban. Los tres tenían la piel escamosa pero de un rojo brillante, como el del cabello de Gabriel. Aunque a veces, incluso, parecían ser tornasol. Cuando caía la tarde, las bestias volaban en patrones indefinidos, en una danza con el aire.

Aquel espectáculo era lo poco que le alegraba, de resto, lamentaba su suerte todo el tiempo. Al dormir, añoraba que la muerte fuera a buscarla, deseaba desesperadamente que fuera así... Pero, sucedió todo lo contrario, pareció verse más fuerte y más sana. Era un castigo.

Gabriel, mientras, pasaba largas horas en su estudio. Marcando nuevos destinos y fronteras para sumar lo que ya tenía.

Aunque los objetivos eran los mismos, ahora su mente parecía divagar hacia otro lado. No podía dejar de pensar en Helena.

Tenerla encerrada en el punto más alto del castillo fue un plan que concibió desde el primero momento en que acordaron casarse. Al tenerla allí, sería su prisionera y así aseguraba las tierras, el dinero y más.

Sin embargo, de a ratos, sentía lástima por ella. Lástima por limitarles el espacio y por empujarla a una situación en donde su mente y espíritu se quebrarían en cualquier momento.

Así es que se levantó de repente y caminó hacia puerta para dirigirse a la habitación de ella. Algo pasó en su cuerpo que salió convencido de querer decirle algo pero sin estar seguro de qué era.

Caminó por los pasillos a toda velocidad. Sus pasos se escucharon hacer eco por las paredes frías de piedra negra. Subió las escaleras al mismo ritmo y abrió la puerta de un solo golpe. Se quedó impresionado por lo que vio: Uno de sus dragones pareció embelesado por Helena.

La mano de ella descansaba en el vidrio, como haciendo si quisiera acariciarlo. Obviamente no pudo porque la cadena no era lo suficientemente larga como para abrir la ventana, aunque ese no fue obstáculo para ella.

La bestia inmediatamente reconoció a su amo y aleteó un poco más hasta que se fue dando vueltas por los aires. Helena no advirtió de la presencia de él hasta que escuchó un carraspeo.

-¿Desde cuándo puedes hacer eso?

-¿Hacer qué?

-Lo que acabas de hacer.

-No lo sé.

Gabriel no estuvo satisfecho con la respuesta sobre todo por lo que se sabía de los dragones. Sólo unos cuantos pudieron realmente dominarlos y él, era uno de ellos porque tenía una condición especial heredada de su familia.

Pero, ¿por qué una mujer como ella tendría esa capacidad? Cuando terminó de reflexionar al respecto, la miró y pareció encontrar la razón. Helena tenía una mirada compasiva y dulce, de seguro tenía el poder de doblegar a cualquiera aunque en ese momento fuera su esclava.

Se acercó hacia donde estaba, haciéndola que se pusiera de pie de repente. Helena dio unos pasos hacia atrás mientras estaba aterrada. Temió que le hiciera daño aunque los ojos de él le decían lo contrario.

-¿Qué es lo que tienes?

-¿A qué te refieres?

-Estoy así de cerca, junto a ti y me produces algo que no puedo explicar. Algo que nunca sentí.

Helena estaba impresionada por aquellas palabras. Fue la primera vez en que sintió a Gabriel con una actitud tan diferente desde que se mudó al castillo.

Volvió a juntarse a ella y Helena sintió que sus piernas comenzaron a flaquear. La presencia de Gabriel le intimidaba pero también le gustaba. Su piel, su mirada, sus modos, el cabello rojo intenso, encendido que parecía por sí mismo como un conjunto de hermosas llamas, la impresionante altura y la contextura gruesa de su cuerpo. Cada parte de él resultaba un fenómeno incomprensible para ella.

-¿Por qué me tienes encerrada aquí? ¿Por qué no me dejas salir?

-Porque temo que escaparás.

-¿Y si te prometo que no lo haré? ¿Me dejarías salir?

-No lo sé, no sé si debería confiar en ti.

-No me escaparé... Estoy aquí por una promesa y estoy cumpliendo con mi parte. Por favor, al menos déjame salir.

Gabriel no escuchó nada más porque quedó atraído por los labios de Helena que se movían. Extendió sus manos y las llevó hacia ese rostro blanco y frágil. Cerró los ojos y juntó los labios con los de ella.

El aliento de Gabriel, cálido y agradable, la envolvió por completo. La sensación que ella tuvo con ese beso fue muy similar al que sintió cuando lo hicieron en el día de su boda.

Ella estaba conmovida hasta los huesos, con esa sensación de sentirse flotando por las nubes, en ese trance que la llevaba a estar tranquila, en paz, querida. Helena también sentía lo mismo que Gabriel. Él también tenía algo que la arrastraba hacia él, una especie de fuerza desconocida.

Sus pequeñas manos rozaron los enormes músculos de sus brazos hasta que fueron a parar sobre los hombros. Se colocó de puntillas para afincarse más a él. Le pareció gracioso la enormidad de ese cuerpo que la envolvía por completo, pero también le regaló la sensación de protección que tanto le gustaba sentir.

Se mezclaron en un abrazo intenso y poderoso. Mientras más tiempo estuvieron allí, Helena comenzó a percibir que su entrepierna comenzó a sentirse extraña. Una especie de palpito que incluso le aceleraba el corazón.

La lengua de Gabriel tomó y exploró la suya. Se entremezcló con la de ella, la chupó y lamió, haciéndola gemir suavemente, como un animal dulce y manso. Él estaba siendo dominado por el fuego de su cuerpo, ese mismo que lo transformaba en una bestia.

Helena estuvo a punto de perderse entre los deseos de su coño hasta que se separó de él de golpe. Los ojos los tenía abiertos y llevó sus manos sobre el pecho.

-¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Ella se sintió tan avergonzada que se dejó caer sobre la cama.

-¿Podrías dejarme sola, por favor?

-Vale.

Gabriel se echó para atrás tan confundido como ella. Cerró la puerta tras sí y regresó a al camino a su estudio.

Helena miró hacia ventana con esas sensaciones que no supo dar explicación. Todavía tenía la respiración agitada y el miedo de que estuvo a punto de entregarse... Sí, de entregarse. Era como si su cuerpo supiera exactamente qué era lo que tenía que hacer.

Su instinto habló por si solo y era algo nuevo para ella. Hizo una retrospectiva de su vida y deseó que alguien le hablara de los deberes de una esposa. Ahora era un mundo extraño y difícil de entender porque no tuvo la oportunidad siquiera de hablar de ello.

Se levantó de la cama y dio unas cuantas vueltas con el grillete en el tobillo. Volvió a pensar en él, en la intensidad que le hacía sentir, en la alegría que sentía cuando estaba entre sus brazos. Los deseos de perderse en ese gran cuerpo, en esa boca, fueron pensamientos que se manifestaron más fuertemente en ella.

Después de una larga caminata, Gabriel, como de costumbre, analizó la situación lo mejor que pudo. Le pareció dulce la reacción de Helena ya que era obvio que no sabía del mundo del amor y el deseo. Recordó, sin embargo, el sabor dulce de sus labios así como el sutil sonido de sus gemidos cuando los hacía. El contacto de su piel con la suya y el compartir del aliento.

El calor que ella le transmitió, le llegó profundo a él. Sintió que toda la ambición, el hambre de poder, la frialdad que albergaba su cuerpo y que tanto le sirvió para lograr lo que había logrado, quedó atrás al quedar entre esos delicados brazos que trataban de abrazarlo. La pequeña figura de Helena le pareció tan sublime que sólo era comparable con las obras de arte más hermosas de la tierra.

Pensó además en la solicitud que ella le hizo. Una parte le decía que no podía confiar en ella pero por otro lado, no tenía nada que perder. Darle un poco de libertad quizás sería hasta beneficioso para los dos.

Era momento de quitarle esa cadena... Al menos por un tiempo.

VII

-Listo, ya está. Ahora puede moverse, mi señora.

Un sirviente pequeño y muy delgado, se encargó de removerle las cadenas a Helena apenas despuntó el alba. Se impresionó tanto que temió que todo aquello se tratara de un sueño.

-¿Cómo se siente? ¿Puede moverse sin problemas?

-Sí, sí... -Dijo con cara de emoción- Está muy bien.

-Creo que después podríamos enviarle al médico. Aunque no tiene heridas, quizás el roce de la cadena le produjo un poco de daño...

-No, no, no. No me duele nada. Estoy bien. Créame.

-Vale. Estaré atento a su llamado por si necesita algo más, mi señora.

-Muchas gracias.

El sirviente hizo una larga reverencia y salió de la habitación aún con la mirada en el suelo. Al terminar de irse, Helena se sintió con euforia, capaz de hacer todo lo que quisiera aunque estuviera en ese pequeño espacio. Dio unos cuantos pasos y no pudo creer lo que estaba sucedía. No recordó la última vez que podía moverse con libertad.

Se acercó a la ventana y los dragones estaban apostados en una montaña un poco lejos de ella. Tuvo la sensación de bajar y estar cerca de ellos.

Abrió la puerta con timidez. El crujido de la madera vieja le hizo retroceder. Pensó que en cualquier momento, Gabriel se aparecería para volverla encerrar. Aunque quiso no avanzar, sus pies decidieron por ella.

Asomó la cabeza y bajó la larga escalera hasta la planta principal. Mientras lo hizo, recordó la belleza del castillo y de sus paredes altas y negras, las mismas que la recibieron hacía meses. Sus dedos rozaron la superficie con delicadeza, la superficie lisa y suave era casi tocar como una seda.

Cerró los ojos fantaseando la idea de que estaba en otro lugar. Finalmente llegó a mitad de camino. Giró su cabeza varias veces para cerciorarse que estuviera sola. Como no encontró ninguna alma, Helena fue directo a la puerta principal.

Empujó con esfuerzo hasta que esta cedió por completo. Al tener el espacio suficiente para salir, se encontró con un viento frío que casi la tumbó. Recogió un poco sus ropas y se aventuró a encontrarse con el amplio panorama de tierras negras.

Aunque el día estaba gris como era usual, ella se sintió plena, tanto, que estuvo tentada a dar unos pasos de baile en forma de celebración.

Caminó hacia un desfiladero y se sentó sobre la gravilla negra. Sus pulmones se llenaron del aire frío de ese reino tan lejano. Cerró los ojos y tuvo una sensación de paz como nunca había sentido.

Mientras se encontraba allí, percibió el aleteo de las gigantes alas del dragón más viejo del trío de Gabriel. Este se acercó a ella con cuidado y hasta aterrizó a pocos metros para aprovechar su cercanía. Helena sonrió y extendió su mano sobre el hocico rugoso y frío. El resoplido la hizo reír y sentirse que al menos recibió el afecto sincero de uno de los seres que vivían en ese lugar.

-¿En dónde está la reina?!

-Mi señor, la reina salió a dar un paseo.

-¡Joder!, ¿por qué nadie me avisó? No la he visto por ninguna parte.

-Mi señor, permítame... Allí está.

El dedo huesudo del sirviente le indicó a Gabriel en lugar en donde se encontraba Helena. Por un momento, pensó todo lo peor, que se había escapado y que, por ende, traicionó el acuerdo que habían pactado. Luego que se disipara ese temor, salió corriendo hacia el desfiladero como alma que lleva el diablo.

A medida que se acercaba, podía escuchar sus carcajadas desde la distancia. Helena estaba sonriendo. Esa imagen para él fue mucho más poderosa y contundente. La mano blanca de ella, terminó de rozar el otro hocico de otro de los dragones.

-¡Helena!

Ella se giró violentamente y cobró un gesto de miedo, como si hubiera hecho alguna travesura.

Él se acercó y los tres dragones se apostaron sobre la gravilla en gesto de respeto y consideración hacia su presencia. Los tres mantuvieron la cabeza gacha hasta que Gabriel les hizo un gesto para que se retiraran.

-¿Estás bien?

-Sí, sí... Perfectamente. Vine aquí porque tenía ganas de tomar aire fresco. Me quedé aquí con buena compañía. –Respondió mirando el horizonte.

-¿Sabías que no todo el mundo tiene la suerte de encontrarse a un dragón y salir vivo?

-Lo sé. Escuché de ellos desde muy niña y siempre pensé que eran producto de la fantasía de alguien. Pero no. Es increíble que sean de verdad.

-Se te acercaron con dulzura. Pocas veces los he visto así.

-Supongo que tiene que ver con que no represento una amenaza. No me interesa hacerles daño.

Ella le dijo estas últimas palabras con severidad. Gabriel entendió que se refirió a las circunstancias de su matrimonio.

-Me gustaría enseñarte algo.

Le tomó la mano con fuerza y la llevó por el desfiladero. Cada paso que daban, Helena estaba impresionada por la actitud de Gabriel.

Los dos tomaron el camino hacia una de las entradas laterales del castillo. Permanecieron en la oscuridad por un momento y Helena temió de lo que se trataba. Sin embargo, la fuerza de la mano de Gabriel, le dio la seguridad que necesitaba.

-Abre los ojos.

Helena lo hizo y recibió un rayo de luz en el rostro. Tardó un poco en acostumbrarse hasta que se dio cuenta en el lugar en donde estaba. Era un hermoso jardín repleto de flores, arbustos y árboles frondosos.

Él le soltó la mano para que ella explorara por su cuenta. Los pasos tímidos de Helena finalmente dieron rienda a conocer lo que estaba a su alrededor. Se acercó a las mariposas y hasta vislumbró los pájaros que descansaban en las ramas de los árboles. El sol se coló por los espacios, bañando de luz cada rincón. Era como si estuviera en un sueño.

-Esto es hermoso.

-Lo es. Lamentablemente, es el único espacio en donde podrás ver algo así. Todo el reino es como lo que has visto hasta ahora: una superficie de tierra negra y desértica.

-¿Por qué?

-No lo sé. He tratado de buscar información al respecto. Sin embargo, hemos procurado los esfuerzos para mantener esto.

Helena no paró de sonreír y Gabriel sintió ese fuego que experimentó la segunda vez que se besaron. Era algo que se le hizo más violento, más intenso. Ella se giró para verlo.

-¿Podría venir aquí? Esto me recuerda mucho mi hogar y me encantaría pasar más tiempo aquí.

-Por supuesto. Mi castillo y mi reino son tuyos también. Eres mi reina, la reina de todo lo que ves y más allá.

Hizo una pequeña pausa para acotar después.

-Pero es preciso que recuerdes algo, escapar será inútil...

Volvió su mirada fría y hostil. A pesar de ser así, Helena se mantuvo firme.

-No lo haré.

-Bien, más tarde te llamaré para que bajes a cenar. Me gustaría también que conocieras más sobre el castillo.

Se retiró sin decirle más. Helena, en la soledad de esa inmensidad, agradeció poder quedarse allí aunque también quiso quedarse con él un poco más.

Ella aprovechó su nueva condición de libertad para quedarse un poco más en ese jardín. Logró ver incluso los símbolos de la casa de Gabriel, ese dragón rojo enroscado rodeado de llamaradas. Aunque quiso quedarse para siempre, se fue para regresar a su habitación hasta el anochecer.

Estando allí, comenzó a pensar sobre todas las cosas que estaban sucediendo en ese momento. Pensó en lo alto y fuerte de la figura de Gabriel, en la expresión amable que poco a poco comenzaba a tener aunque de vez en cuando sus ojos se sentían fríos y distantes. Sentía curiosidad de él, de probarlo, de acercarse. Quería besarlo de nuevo pero la sola idea le provocaba temor.

Se distrajo al recibir el llamado para cenar. El castillo estaba más oscuro que nunca salvo por las bolas de fuego encendidas en las antorchas. Helena bajó al comedor y se encontró a un Gabriel ansioso por verla.

-Hola, buenas noches. ¿Tienes hambre?

-Sí, un poco.

-Qué bueno, he mandado a preparar un festín de todo lo que más te gusta.

Ella se mantuvo perpleja. La mesa, dispuesta para dos, estaba repleta de deliciosos platillos. Él se acercó a ella y le apartó la silla para que se sentara, los dos no paraban de sonreírse.

-¿Y bien? ¿Qué te parece?

-Es impresionante. Hay tantas cosas, incluso las que solía comer de niña. Esto me trae tantos recuerdos.

La voz de ella se escuchó un poco quebrada, así que él aprovechó para servirle un poco de comida.

Helena le llamó la atención la falta de servidumbre, sin embargo, se encontró mucho más cómoda que las costumbres fueran más bien informales. Durante toda su vida, fue educada para tener una vida como la de sus antepasados y ahora se sentía más bien moderna y diferente.

Finalmente, él se sentó en la mesa y se miraron a los ojos.

-Es nuestra primera cena como casados. –Dijo ella.

-Así es.

Comenzaron a comer y el ruido de los tenedores y platos era lo único que se escuchaba. Por un lado, Gabriel estaba en silencio con ganas de ir a por ella y besarla. Por otro, Helena quiso acercarse a él pero no sabía cómo hacerlo. Le resultó un hombre indescifrable.

Después de un rato, ella se atrevió a decir.

-En el desfiladero, mencionaste que no muchos podían dominar un dragón.

-Sí, sólo aquellos quienes tenemos la marca De Fuego. Yo la tengo y unos parientes más que ya murieron. Por eso me sorprendió de que fueras capaz de hacerlo. No es algo que ves todos los días.

-Entiendo.

-Sin embargo, me hace pensar que tienes algo que logra que las bestias te obedezcan. Tienes algo que... No sé muy bien cómo explicarlo.

Helena miró fijamente a Gabriel. Él también lo hizo y fue como si entre los dos por fin se desatara una intensa fuerza. Ella se colocó de pie, dejando toda formalidad atrás, dejando el miedo y el sudor que le recorrió la espalda. En ese punto, no pudo esconder más las sensaciones que le producía ese hombre, no quiso negar más que quería estar con él a toda costa.

Como si leyera sus pensamientos, Gabriel hizo el mismo gesto de ella. Su gran tamaño y altura, pareció cubrirla por entero. Sin embargo, no estaba en modo de defensa, sino como un hombre que ansiaba la carne de su mujer.

Así pues que la tomó de la cintura para que estuvieran más juntos. Sus rostros comenzaron a acercarse, sus ojos cerrarse, hasta que sus alientos volvieron a entrelazarse. Por fin, se basaron en medio de la luz de las antorchas y en el silencio de El Castillo de Fuego.

La cercanía de sus cuerpos y la intensidad de la pasión que cada vez más quedaba expuesta. Helena volvió a aferrarse en la impresionante musculatura de él y Gabriel estaba anclado en la cintura de ella. Los besos fueron más fuertes, sus lenguas y labios se unían en una hermosa melodía.

El cuerpo de ella cedió cada vez más, estaba ansiosa por que él la tomara entre sus brazos y así fue. Gabriel la levantó como si pesara como una pluma y dejó la estancia para subir las escaleras con cuidado. Mientras lo hacía, sus manos seguían explorándola y su aliento abrasándola.

Con una mano, abrió la perilla de la puerta de su habitación. Iluminada sólo con un par de velas, la inmensidad del lugar abrumó a Helena. Una cama enorme, muebles del mismo tamaño y un gran ventanal con vista panorámica. Tenía sentido ya que él era el rey y líder de una familia imponente.

-Desde ahora, estos también serán tus aposentos.

Las palabras que salieron de esa boca divina, le volvieron el alma al cuerpo. Helena no pudo resistirse y se impulsó para besarlo. Estaba desesperada por entregarse, el momento estaba cada vez más cerca.

Él la dejó tendida sobre la cama. Pareció un hermoso ángel y por un instante, Gabriel se sintió culpable de recibir tan hermoso regalo. Sabía que ella todavía era virgen así que haría todo lo posible para darle una experiencia hermosa.

Comenzó a quitarse varias capas de su ropaje para sólo dejar un par de pantaloncillos. Helena se ruborizó al verlo de esa manera. Las enormes piernas, la espalda ancha, los hombros tallados a la perfección así como el torso marcado por los abdominales.

Por si fuera poco, el bulto de su pene le hizo suponer que ciertamente era un hombre con una importante envergadura. A pesar de la intimidación que le produjo ese cuerpo tan sensual y fuerte, Helena lo llamaba con los ojos, desesperada.

Él entonces fue junto a ella. Comenzó a besarla de nuevo con dulces caricias hasta que el deseo tomó control de su cuerpo. Sus manos comenzaron a quitarle la ropa con sutileza para con decisión. Cada vez que lo hacía, podía escuchar un largo suspiro de ella. También la miraba, quiso hacerle entender que las cosas estarían bien y que no le haría daño. Por suerte, Helena comprendió ese mensaje sin palabras y se entregó ante sus deseos.

Al quitarle la última pieza, Gabriel se echó para atrás para observar mejor lo que tenía frente a sus ojos. Se trató de una belleza casi fuera de este mundo. La piel de Helena, tan blanca y reluciente, era un placer para la vista. Sus pechos eran de tamaño mediano, redondos y firmes.

Los pezones eran pequeños de color rosado y con un aspecto de botón de rosa. Las piernas eran largas y hermosas, las caderas pequeñas y el coño cubierto de vellos dorados. Luego de mirarla por completo, él volvió a esos ojos cargados de miedo y ansiedad. Miró la agitación de su pecho y el temblor de sus extremidades.

Le acarició el borde de la cara con tal suavidad que ella cobró una actitud de pequeña gatita y se dejó dominar por él. Los labios de Gabriel comenzaron el recorrido desde la boca, pasando por el cuello, sus deliciosos pechos, así como el torso. Sus manos, al mismo tiempo, la acariciaban sin parar. Sus dedos viajaban a una exquisita velocidad. Helena no pensó que fuera posible sentir aquellas sensaciones.

Mantuvo los ojos cerrados hasta que experimentó un nuevo nivel de placer. Gabriel separó sus piernas con cuidado e introdujo su cabeza entre ellas. Su lengua hizo una primera lamida a su clítoris y entre los labios vaginales.

Ese contacto fue suficiente para hacerle perder la cabeza casi por completo. Ella se incorporó de inmediato y se aferró de las sábanas. No sabía qué era pero sintió cómo la lengua de él estaba hecha fuego y que, gracias a ello, también le transmitió el calor que emanaba.

Gabriel quiso someterla un poco al sostenerle las manos. De esta manera, le impidió que hiciera movimientos y la forzó a sentir tanto como le fuera posible. Mientras, él se encargaría de darle placer con su boca.

Helena no paraba de gemir ni de gritar. Estaba tan excitada que sus fluidos terminaron por empapar el rostro de Gabriel. Esto, por supuesto, fue motivación suficiente para que él fuera con más decisión hacia dentro de sus carnes, tan dentro como fuera posible.

Continuó haciéndolo hasta donde su desesperación le permitió. Se incorporó con violencia, relamiéndose la boca. Fue entonces cuando introdujo lentamente uno de sus enormes dedos y comenzó a masturbarla suavemente. Helena exclamó un fuerte gemido mientras él movía su dedo dentro de ella, como si la follara él mismo.

Se apoyó aún más cerca de ella para escuchar con detalle los gemidos deliciosos que salían de su boca. Estuvo así un rato hasta que no pudo más. La miró con la misma desesperación de antes y se acomodó sin quitarle los ojos de encima.

Con una mano, terminó de quitarse el pantaloncillo de lino, por lo que dejó libre aquel miembro grueso e imponente. Estaba, además, repleto de venas, el glande repleto de la humedad de la excitación y duro y firme como una roca.

Primero lo rozó un poco, para hacerla gemir como quería. Ya después cambió la posición para penetrarla. Poco a poco, introdujo su grande dentro de su coño caliente y palpitante. Sintió la presión de sus carnes y siguió más adelante con todo el cuidado posible. Mientras lo hacía, Helena, aún inmóvil por las manos de Gabriel, no paraba de gemir, no paraba de chillar debido al dolor de la virginidad que dejaba de ser.

Requirió un empujón más para que Gabriel desflorara a Helena. Ella exclamó un pequeño grito y luego se dejó vencer por el placer intenso que ahora sentía. Así pues, él aprovechó la ocasión para adentrarse más en ella y para embestirla con gusto, con placer.

Su pelvis comenzó un movimiento lento pero constante. Su gran pene entraba y salía con cuidado hasta que cobró la confianza gracias a las reacciones de ella. Sin duda, lo estaba disfrutando así como él.

El tenerla así, el rozar la piel contra la de ella, en sentir las pulsaciones y el pecho acelerado por el deseo, así como el calor y la humedad de su coño, le producían una serie de intensas sensaciones. Estar con esa mujer era como tener la capacidad de tocar el cielo varias veces.

Las piernas de ella, aún más abiertas, aún más dispuestas a él, lo recibieron mejor que antes. Helena no paraba de gemir y de hacerle entender que ella también lo deseó a él desde el primer momento que se vieron.

Gabriel colocó entonces las manos de ella sobre su cabeza, mientras seguía sosteniéndola. Siguió penetrándola con cierta suavidad hasta que experimentó el calor propio de cuando surgían momentos intensos.

Cerró los ojos, tratando de que no se escapara ese fenómeno sobrenatural en ese

momento pero no fue así. Gabriel quedó cubierto de llamaradas azules intensas. Sin embargo, Helena, por alguna razón, no sintió miedo y siguió entre sus brazos. Ella se convirtió en el receptáculo de tan increíble situación.

Los cuerpos de los dos quedaron envueltos en la intensidad del sexo y en la pasión animal de Gabriel. Las llamas los envolvían hasta que él volvió en sí. Ella lo miró tranquila, por lo que siguieron unidos por las carnes.

Gabriel volvió a tomarla por la cintura e hizo que cambiaran de posición. Él se quedó sobre la cama mientras que ella lo montó como una bestia. Su hermosa figura, el cabello suelto y brillante que cayó sobre su espalda como una hermosa cascada dorada, le dejó convencido de que ella era alguna especie de diosa que había llegado a su vida para domarlo.

Helena comenzó a moverse un poco. Primero lo hizo con cierta timidez hasta sintió un poco más de confianza y soltura. Sus pechos iniciaron un movimiento ascendente y descendente gracias al rebote, sus labios emitían algún sonido incomprensible para él y sus manos buscaron las suyas desesperadamente.

Entrelazaron sus dedos y se unieron con fuerza. Ella siguió moviéndose sin parar y con una fuerza que desconoció tener. Mientras no estaba concentrada en la presión deliciosa de tener un pene así dentro de ella, Helena comprendió que esa unión de ambos cuerpos era una de las sensaciones más gloriosas que existían.

El estar desnuda y tan vulnerable ante un hombre como ese, el de haber compartido un momento tan extraordinario como quedar envueltos entre las llamas del deseo, el que ambos dejaran libre sus verdaderas esencias era algo que a ella le pareció increíblemente poderoso.

Al final, Gabriel sintió un cosquilleo que recorrió la planta de sus pies hasta la punta de la cabeza. Sus manos se aferraron esta vez en las caderas de ella y fue cuando comenzó a gruñir y a quejarse. Estaba a punto de correrse.

Aunque deseaba hacerlo con premura, pensó que lo más adecuado era darle ese regalo a esa mujer divina. Así que hizo que se levanta y la colocó de nuevo sobre la suavidad de las sábanas. Volvió a penetrarla pero esta vez con suavidad, con dulzura. Para hacerlo con más intensidad, colocó el dedo pulgar sobre el clítoris y comenzó a masajearlo con lentitud. Poco a poco a medida que la penetraba.

Aumentó el ritmo y la intensidad hasta que vio que ella pareció perderse en un trance intenso de placer. Lo hizo con un poco más de ahínco puesto que quería que ella se corriera pero que también disfrutara cada instante.

Helena, en medio de esas sensaciones, no supo muy bien cómo explicar la

situación. Su coño pareció que iba a estallar así como algo dentro de ella. No estaba muy claro qué era hasta que volvió a cerrar los ojos, apretó los labios y las manos sobre el cuerpo macizo de Gabriel. Y fue allí cuando sintió que sus fluidos salieron de su cuerpo gracias a un potente orgasmo. Helena quedó cubierta por la oscuridad de la excitación y se dejó vencer sobre la cama.

Gabriel, por otro lado, satisfecho de haber logrado uno de sus principales objetivos, sacó su pene de ese cuerpo perfecto y con su mano, comenzó a masturbarse con violencia. Helena tenía los ojos entreabiertos pero también deseosos de saber qué sería lo próximo que sucedería.

Así pues, que sólo pudo agudizar sus oídos para escuchar cómo su hombre volvía hacer los quejidos de placer. En pocos segundos, Gabriel se corrió sobre el torso y los pechos redondos de Helena, los cubrió por completo de un semen caliente que fue una clara señal de que ella era suya y que sólo él era su dueño.

Al terminar de hacerlo, Gabriel se echó al lado de la cama a duras penas. Las manos de Helena acariciaron la cabellera sedosa, brillante y roja de Gabriel. Él, echado cerca del cuerpo de ella, pudo sentir que los corazones de los dos latían con la misma fuerza y agitación producto de un momento tan mágico e inesperado.

Él no quiso pensar más, no quiso cubrir sus pensamientos con nada que no fuera la euforia deliciosa del momento. Se encontró satisfecho y pleno de compartir la cama y la piel con ella. Nunca pensó que fuera posible pero así fue. Afortunadamente.

VIII

El Castillo de Fuego era consumido por las llamas ante la mirada desgarradora de Gabriel. Sus hombres corrían de un lado para el otro como gallinas sin cabeza. Junto a él, los cuerpos de sus amados dragones, haciéndose cenizas en medio del caos. La falta de comprensión también le impidió ver a una Helena que gritaba desde lo alto, suplicando por su ayuda. Los alaridos rompían el viento así como su corazón.

El reino negro, el del fuego eterno, el de la sangre imbatible, se derrumbó a sus pies y sin poder hacer nada. Gabriel perdió todo, completamente, en cuestión de minutos. El destino volvió a patearlo, a escupirle la cara con descaro.

Ante el calor, la muerte y la sangre, Gabriel abrió los ojos y se encontró en la habitación. Se levantó y comenzó a tocarse compulsivamente, estaba asegurándose que aquello se trató de una terrible pesadilla. Hizo un suspiro y miró a su lado, con el terror aún en la espina. Helena dormía junto a él con una tranquilidad que le alivió por completo.

Permaneció un rato sentado, sintiendo las gotas de sudor en la frente cuando ella despertó.

-¿Qué ha pasado? Estás empapado.

-No es nada. Tuve una pesadilla pero todo pasó.

El intento de no preocuparla fue en vano. Ella se levantó y le tocó la frente. Él se sorprendió por el gesto.

-Estás sudado, Gabriel. Déjame buscar un poco de agua...

-No... Quédate aquí. Hazlo, por favor.

Ella lo miró con dulzura y así lo hizo. Se recostó de él y permanecieron en silencio por un momento.

-Hay algo que quiero preguntarte pero creo que sería fuera de lugar.

-Hazlo.

-Hay una leyenda en tu familia que dice que sólo unos pocos tienen poderes de dragón. Cuando estuvimos juntos, ¿fue una manifestación de eso?

-Sí. Yo lo heredé de mi padre. La primera vez que lo experimenté era un chiquillo. Después supe que era posible controlarlo y canalizarlo a mi favor pero

hay veces que simplemente no puedo. –La miró a los ojos. – No sé qué tienes, Helena y tampoco lo quiero saber, no me importa. Lo único que me importa es que quiero que te quedes.

Ella no supo qué responderle. No obstante, la sensación de alegría no le cabía en el cuerpo. Ya no tenía miedo de él, no estaba intimidada.

Le tocó el rostro con sus pequeñas manos y apoyó su frente sobre la de él. Acarició sus cabellos, le trató de transmitir la paz que sentía ella por estar con él de esa manera. Entonces Gabriel se decantó por abrazarla, por traerla hacia sí y sentir el calor de su cuerpo en esa noche fría.

En ese instante, quiso volver a unirse a ella así que la besó con suavidad y luego con intensidad. Helena permaneció desnuda entre los brazos de su hombre dispuesta a entregarse a él de nuevo... Y las veces que él quisiera.

Siguió tocándola, besándola, deseándola. El hombre dulce se entremezcló con el animal que vivía dentro de su cuerpo. Entonces la colocó en cuatro en un santiamén. Separó un poco sus piernas y desde esa posición, se deleitó al ver cómo su culo se veía firme y suave como un durazno.

La piel aterciopelada y la blancura de su piel, fueron una tentación para sus manos las cuales comenzaron a darle nalgadas unas tras otras. Al hacerlo en un ritmo constante, pudo observar cómo quedaban marcadas sus palmas y cómo la piel de ella se tornó roja.

Helena sintió el ardor de los impactos pero, para su sorpresa, encontró esos estímulos increíblemente deliciosos. Ansió más, deseó más de él y de eso que le daba. Así estuvo un rato hasta que el rostro de Gabriel quedó entre las nalgas de ese culo divino, con la intención de lamerla desde atrás.

Así lo hizo por un rato hasta que comenzó a ver cómo los hilillos de saliva y flujo cayeron sobre la cama. Introdujo un par de dedos y esperó un momento más para dilatar el coño. Mientras lo hacía, su boca se hacía agua y su pene estaba más duro que nunca.

Dejó de masturbarla hasta que se incorporó. Tomó su verga con una mano y se tocó un poco para ponerlo más firme aunque creía que, de ser así, explotaría en cualquier momento.

Colocó sus manos sobre las caderas de Helena e introdujo su pene con ganas. Apenas entró su glande, sintió la deliciosa presión de esas carnes vírgenes completamente suyas. Helena comenzó a gemir y él también. Adoraba sentir su calor, sus flujos sobre su verga. Ella lo hacía sentir como todo un semental.

Inició una serie de movimientos sensuales con su pelvis. Su pene iba adentro y afuera sin parar. Luego cobró más intensidad y rapidez hasta que prácticamente no hubo necesidad de hacer esfuerzo.

Aunque era una situación más que deliciosa, él se encontró en la situación en la que se percató que no aguantaría demasiado tiempo, así que cambió de posición a una en donde ansiaba tenerla. La tomó por el cuello y la apoyó sobre la pared, con una de sus manos, hizo curvar la espalda para mostrar esas nalgas que tanto lo llamaban. Antes de volver a meterlo, dio un par de mordiscos en las dos. Observó la marca de sus dientes y sonrió.

Le separó las piernas y volvió a posicionarse. Respiró profundo y echó su cabello para atrás. Tomó el de Helena para tener impulso y la penetró con fuerza. Las manos blancas de ella, trataron de aferrarse ante la piedra negra de las paredes aunque sin éxito. Las embestidas de Gabriel eran fuertes, mucho para su cuerpo delicado. Su pene se adentraba en ella con tan profundidad que pensó que no sería capaz de soportar por más tiempo. Sin embargo, él la traía de vuelta a la realidad de alguna forma u otra. Él se aseguraba que sentiría cada centímetro de él. Tanto como fuera posible.

En medio del gozo y del placer, Gabriel decidió ir un poco más lento para sentir bien el cuerpo de su mujer. Así que se apoyó más en ella para penetrarla más aún mientras que, con su otra mano, aseguró mantener viva la excitación al masturbar su delicioso clítoris. Dio unos cuantos movimientos circulares, se aseguró que ella sintiera sus dedos ya que también deseaba que estos quedaran empapados de sus fluidos. Cuando pasó, los llevó a su boca y le dijo al oído.

-Me encanta tu sabor.

Ella emitió una especie de alarido en señal de que su cuerpo estaba sujeto a las órdenes de él. Ya no valía la pena resistirse más.

Siguió follándola y penetrándola en esa inmensa habitación. Después retomó un ritmo más acelerado. Sus dedos y su pene se concentraron en los puntos deliciosos de placer de Helena. Gabriel expuso esa noche, sus habilidades amorosas a la perfección, supo complacerla desde el primer beso y eso que sólo era el comienzo.

El final se acercó cuando los comenzaron a experimentar los espasmos propios de la llegada del orgasmo. En Helena se manifestaron en temblores violentos en las piernas y en Gabriel en los gruñidos y en los extraños ruidos que emitían sus labios. Los dos parecieron ir en la misma sintonía.

Ella cerró los ojos para quedar embebida en el placer que él le hacía sentir, mientras que él, apenas pudo hacerlo porque no quería perderse cada manifestación de la lujuria que los dos compartían.

Gabriel la tomó con más fuerza pero esta vez en el cuello. Las embestidas se volvieron más violentas y fue tan rápido o más. A ese punto, no era seguro ya que los dos estaban en estados emocionales y físicos difíciles de explicar.

Helena gritó con fuerza al tener todavía la verga de Gabriel dentro de ella. Él también se corrió adentro de las carnes de su mujer.

... Aún unidos, permanecieron entrelazados por un buen rato.

IX

-Si no lo detenemos, arrasará con todo a su paso.

-Ya lo está haciendo.

-Exterminó con un par de reinos en un mes. UN MES. Este hombre tiene un arsenal y nosotros hablamos de la amenaza que podría representar. Es algo real, mis señores. Tan cierto como les digo.

-Le he visto en el campo de batalla. Es tan letal como se dice.

-Yo he visto sus dragones. No los usa a menos que corresponda a su placer.

-Así que no son inventos.

-No, mi señor. Existen y son tres. Escupen fuego, un fuego que extermina todo a su paso. Para peor, no existe alguien capaz de dominarlos, sólo él.

-Su familia siempre fue un peligro latente para el resto. Así será con la existencia de alguno.

-¿Qué podemos hacer? ¿Debemos rendirnos ante él?

La mesa redonda con los pocos monarcas de los reinos sin conquistar, hablaban sin parar. A pesar que había pasado tiempo sin noticias de él, Gabriel, El Padre, era una figura latente ante cualquier conversación.

-Dicen que se casó con la princesa del reino del norte. Podríamos secuestrarla y obligarle a que deje sus planes.

-Da lo mismo. Se casó con ella por la fuerza. Le da igual la vida de la gente. Podríamos tenerla sentada aquí, con un cuchillo en el cuello y él mismo la mataría. No. Eso es un juego para niños.

Quedó el silencio tras la discusión. Los rostros de los reyes denotaban una preocupación alarmante, se estaban quedando sin opciones.

-Hay que matarlo. Es la única forma en que podríamos destruir a sus dragones.

-¿Pero cómo? Es imposible.

-Existe un manuscrito que describe la debilidad de esa maldita familia. Si uno de sus miembros, el capaz de manejar a los dragones, muere o es herido, los dragones sufrirán el mismo destino.

-Es un caballero con grandes habilidades.

-No desconfíes de una flecha bien colocada. O de un veneno poderoso. Sin él en el medio, sus ejércitos son nada y será la oportunidad de acabar de una vez por todas con esta estupidez que nos ha molestado por demasiado tiempo.

-Entonces, ¿qué haremos?

-Reunir todas nuestras fuerzas y escoger a los mejores para que se centren sólo en matarlo. Si lo hacemos, tendremos la misma cantidad de hombres que él y la batalla, la real batalla, será entre sus verdugos y él. Y créanme, amigos, lo lograremos.

A pesar del silencio producto de la duda y el miedo, todos asintieron en conformidad con la propuesta.

-Muerte al El Padre. Ya es hora.

X

Mientras una confabulación se fraguaba, Gabriel estaba en las mieles del amor. La decisión inesperada de estar con una mujer como ella, le trajo como consecuencia una nueva fase que desconocía de sí mismo.

Por primera vez en años, la amargura de la venganza, así como las experiencias pasadas de dolor y abandono, dieron un paso atrás gracias a Helena. Este tiempo también lo aprovechó para enseñarle todo referente a la familia. El árbol genealógico, el origen y las penurias que pasó siendo un niño. Ella comprendió mucho de su actitud y ambición, la misma que produjo la separación de su padre.

Entre todas las cosas, Gabriel también le instruyó sobre algo muy importante. En vista del lazo que había hecho con los dragones, él le indicó voces de mando y señas para que estos la obedecieran por completo. Por alguna razón, él consideró que esto era un paso importante para ella y para él.

Después de un día de duro entrenamiento, los dos quedaron solos y a gusto con su compañía. Ya no hubo tensión, ni temor.

-Quiero que veas algo.

Gabriel la llevó al estudio que aún estaba a oscuras. Él encendió una vela que tenía cerca y así la habitación quedó completamente iluminada. Helena quedó atrapada por el enorme mapa expuesto en una de las paredes. Observó los puntos rojos e infirió que se trataba de los reinos conquistados por él.

-Todo lo marcado es mío y también es tuyo.

-¿Qué quieres decir?

-Mis tierras ahora son tuyas, Helena. Cada persona, cada mujer, niño, hombre, animal que pasta sobre estos lugares, te pertenecen. Como mi esposa, eres también monarca de El Castillo del Fuego y de todo lo que yace debajo de él.

-Es una enorme responsabilidad. No me había percatado de lo importante que es todo esto para ti.

-Es honor a mi familia. Ellos sufrieron de una conspiración y casi todos fueron exterminados.

La mirada de él terminó en el suelo. Sus ojos grises se volvieron tristes y fríos. Era obvio que todavía sentía un odio muy profundo dentro de él y ella no podría hacer nada al respecto. Gabriel tenía que ser capaz de salvarse a sí mismo.

-Sé que extrañas tu hogar y sé que quieres ver a tu padre. Lo noto en ti todos los días, pero no puedo dejarte ir ahora, Helena. No puedo. Es algo difícil de explicar pero es así.

Helena sintió estas palabras como un duro golpe. A pesar del sabor amargo que le dejó, se atrevió a decir.

-Yo sólo quiero que me prometas que estarán bien. Todos, incluyendo mi padre. Yo no soy muy importante, yo puedo soportar lo que sea pero no quiero que él sienta dolor, no más...

-Claro que eres importante. Ojalá supieras lo importante que eres para mí, para todo esto. –Dijo mirando alrededor. –Ya no puedo hacer esto solo, siento que soy incapaz. Por eso te pido que tengas un poco más de paciencia, sé que es un proceso duro, muy duro para ti pero no puedo evitar ser egoísta contigo.

Ella se acercó a él y trató de comprender sus palabras. Lo miró a los ojos y se acercó para darle un suave beso. Después, las manos de él descansaron en la cintura y ese beso se convirtió en algo más. Más profundo, más intenso.

Así pues que él se le ocurrió subir un poco el nivel de su intimidad.

-Eres mía, ¿cierto?

-Enteramente.

-Entonces necesito que confíes en mí.

-Lo hago.

-Ven.

Le extendió la mano y fueron a un camino distinto a las escaleras que llevaban a la habitación. Fueron más bien hacia un pasillo que ella desconoció por completo. A diferencia de otras estancias en la casa, el lugar estaba a oscuras. Ella se aferró a la mano de él sintió como esa vez que descubrió el hermoso jardín del castillo. Así que respiró profundo y decidió confiar en él. Era lo correcto. Era lo que decía su corazón.

Finalmente llegaron a un lugar húmedo y poco iluminado. Era una especie de celda y en ella se encontraban un par de cadenas en puestas en la parte superior de la pared del fondo.

-¿Confías en mí? –Le preguntó con aire severo.

-Sí. –Respondió ella sin dudar.

La guió hasta allí y tomó sus delicadas muñecas. Una por una, las colocó sobre la pared y las ató sobre las pesadas cadenas que se encontraban allí. Al terminar, sus movimientos, al menos en la parte superior, quedaron limitados. Gabriel se echó para atrás para mirar lo que había hecho, sin duda se sintió más que satisfecho.

De repente, como si tuviera dentro de su cuerpo una especie de fuerza contenida, le arrancó la ropa con ambas manos. Helena, desde donde se encontraba, sonreía a su señor con lujuria, la misma que él proyectaba en la mirada.

Quedó desnuda de golpe. Gabriel volvió a deleitarse de la desnudez de ella por lo que no tardó demasiado en acercarse a su boca y lamer sus pechos, en morder los pezones y apretarlos con las manos. Ella sintió la deliciosa lengua de él, devorando su piel como si fuera su alimento.

Luego, flexionó sus piernas para arrodillarse. Su boca quedó a la altura de su coño así que enterró su cabeza en ese lugar. Comenzó a succionarla, a morderla y probar los deliciosos jugos de su excitación. Sus manos se afincaron en los finos muslos mientras la chupaba. De vez en cuando, incluso le propinaba una mirada para saber cómo reaccionaba. Ella estaba perdida en la excitación, así que él continuó haciéndola suya cada vez más.

Cuando se halló satisfecho, se levantó y se apartó un poco de la iluminación de esa extraña celda. Al regresar, lo vio con una especie de látigo. Gabriel, se acercó a ella y le dijo al oído.

-Quiero marcarte porque quiero que sepas que eres sólo mía. Que me perteneces. Quiero que, a través del dolor, sepas que soy tu dueño. ¿Me permitirías hacerlo?

La suavidad de su voz más la calidez de su aliento, fueron suficientes para convencer a Helena. Sólo alcanzó a asentir ligeramente por lo que Gabriel tomó esto como una señal inequívoca de que podía comenzar con el castigo.

Se echó para atrás entonces y alzó el brazo con el látigo con varias cintas de cuero negro gastado. Primero, lo hizo sonar contra el suelo para que ella estuviera segura de su respuesta. Ante la firmeza de su mira, Gabriel se complació en saber que tenía el visto bueno de ella.

Volvió a hacer el mismo gesto pero de manera menos contundente, entonces, con un rápido movimiento, azotó las piernas de Helena con decisión. Como era natural, hubo un primer quejido pero eso no fue impedimento para Gabriel. Así que continuó con los impactos y los distribuyó en varias partes de su cuerpo. Los muslos, el torso e incluso parte de los brazos.

Luego, le quitó las cadenas pero con la intención de colocarla de espaldas. Gracias al frío de la pared de piedra, Helena lo sintió como un delicioso alivio con respecto a las heridas que tenía en su cuerpo.

Luego de volverla a encadenar, Gabriel miró la belleza desnuda de su esclava, de la esclava de fuego que tanto gozo le daba. Sus manos apretaron sus nalgas y las sostuvo por un rato así, manoseándolas con fuerza. Al terminar, se recordó a sí mismo que el castigo debía continuar por lo que se aseguró volverla azotar.

Se deleitó de nuevo con el castigo. Los impactos de los dio en las nalgas y en la parte baja de la espalda. Le encantó ver cómo el rojo de los azotes por el cuero, le rompían la piel a Helena.

Quiso terminar porque la dureza de su pene la encontró insoportable. Se quitó la ropa rápidamente y fue a encontrarse con ella en esa misma posición. Colocó su pene entre las nalgas y se masturbó allí por un rato.

Incluso, tomó su miembro e hizo unos cuantos golpes sobre el culo de Helena. La imagen la causó más placer y más ansiedad, por lo que se preparó para follarla desde atrás. Tomó el clítoris de ella con una de sus manos, apretándolas con fuerza y le penetró ese coño dulce y cerrado.

Lo metió lentamente y, cuando entró todo por completo, apoyándose con la mano en el coño, empezó las embestidas. Su pene entraba y salía con rapidez gracias al impulso que producía aquella extremidad. Adoró sentir el calor de ella entre sus dedos mientras la penetraba en otra posición.

Helena no paraba de gemir. Incluso, cuando podía salir del trance, nunca se imaginó a sí misma convertida en una especie de esclava y menos disfrutando de ello. Cerró los ojos con el gusto de experimentar la delicia de ser poseída por ese hombre tan grande e imponente, con esa verga dura, gruesa que la rompía por dentro pero que también le causaba una excitación difícil de explicar.

No pensó que fuera capaz de sentir tales cosas, de conectarse con los sentimientos más oscuros y viscerales de sus ser para disfrutarlos a plenitud. Ya no sintió vergüenza de eso sino más bien todo lo contrario, se encontró satisfecha de haberse asumido con plenitud y de estar con un hombre como él, quien le dio la oportunidad de ser como era ahora.

Gabriel soltó el coño de Helena para concentrarse en el cuello. Al estar en esa postura, se aseguró gemir en el oído de ella. Helena se sintió más excitada aún porque su hombre la gozaba como quería.

Se mantuvo dentro de ella al mismo tiempo que la ahorcaba un poco.

-Eres mía... Eres sólo mía.

-Eres mi esclava.

-Eres mi reina.

-Eres mi mujer de fuego.

-Eres lo que me consume.

-Eres la que me domina.

-Yo también estoy a tus pies.

Le decía sin parar. Le decía una y otra vez.

El sonido de su pelvis sobre las nalgas de Helena también anunció la llegada del orgasmo. Así que colocó su mano sobre la espalda baja de ella, hizo que se inclinara un poco para ir más profundo. Cuando lo logró, la embistió con más fuerza, haciéndola gritar. A los pocos minutos, Helena se corrió aunque Gabriel quiso follarla un poco más, sólo un poco más.

Al estar cerca, sacó su pene apenas a tiempo. El glande ya tenía unas cuantas gotas de semen cuando por fin explotó sobre la espalda de ella. El semen caliente cayó sobre su espalda y nalgas, dibujando patrones indefinidos por esa piel suave y delicada, ahora rota por los azotes.

Gabriel se colocó junto a ella y buscó sus labios para besarla con dureza. Sus lenguas se entrelazaron con salvajismo a medida que recuperaban el aliento.

Después de limpiarse y de salir de allí corriendo y riendo como un par de niños, Gabriel y Helena se dirigieron a sus aposentos. Cayeron sobre la cama y se tomaron de las manos. Juntos miraron el techo abovedado y negro, sonriendo como si estuvieran uno frente al otro.

Helena estaba vigorizada y todavía cubierta por el rubor. Gabriel se sentía como si fuera el hombre más fuerte del mundo, capaz de hacer lo que quisiera.

Poco a poco cerraron los ojos y se perdieron en el sueño.

XI

Las pesadillas de fuego y muerte volvieron a despertar a Gabriel en la madrugada. La frente perlada por el sudor, la espalda contraída, le sensación desagradable en la boca del estómago. Cada uno de esas cosas era señal de que algo se aproximaba y que era inminente. Se incorporó y se bajó de la cama con cuidado. Procuró no despertar a Helena.

Tomó una larga bata para tapar su desnudes y salió para ir a su estudio y tener un rato a solas. Al llegar, se sentó en la elaborada silla de madera y apoyó su cabeza sobre sus manos. Respiro profundo y trató de relajarse mientras terminó de despuntar el amanecer.

Cuando se dio cuenta que el sol por fin había salido, se levantó con la intención de lavarse y empezar el día, sin embargo, en ese momento le interrumpió el comandante general con una expresión poco alentadora.

-Mi señor, nos han entregado esta comunicación urgente para usted.

-Léela.

El hombre hizo el intento de pero no pudo, los nervios no le dejaron. Así que él tomó el pergamino y comenzó a leer. Los reyes de los pocos reinos restantes se aliaron en su contra, al momento de llegar la comunicación, ya estarían acercándose a El Castillo de Fuego.

-Bien. Parece que los planes se adelantaron. Prepare las tropas y todo el armamento, apuesto que se quedarán en el bosque de sal a pocos kilómetros de aquí.

-Mi señor, ¿qué hacemos con la reina?

Cierto, él tenía que asegurar la vida de ella así que permaneció un rato en silencio.

-Llévensela al fuerte que está en el norte. La quiero protegida y a salvo. Que nadie además de ti y unos cuantos de la guardia real, sepan que ella está siendo trasladada. De inmediato. Venga.

-Sí, mi señor.

El hombre salió como flecha en dirección a los aposentos de Helena. Gabriel, por su parte, se giró hacia el mapa que tenía en frente.

-Ha llegado el momento. Por fin.

Helena despertó en medio de los ruidos de la puerta. Confundida y aún cansada, apenas pudo comprender las palabras del comandante general. Por ende, sólo tuvo tiempo suficiente para prepararse e irse de allí tan rápido como pudiera.

-Exijo ver al rey.

-Mi señora, es imposible.

Como pudo, se escabulló de la guardia y fue hacia el estudio. Al no encontrarlo, fue a los establos y lo halló preparando a la caballería. Estaba vestido ya con su armadura plateada. Al verlo, retrocedió un poco porque, de esa manera, cobró un aspecto más duro y fuerte.

-Helena...

-¿Qué ha pasado?

-Vienen para aquí, vienen a atacarnos. No deberías estar aquí, tienes que irte.

-No puedo dejarte. Esto es una estupidez, ¿por qué no renuncias a esto? No tiene sentido.

Con la mirada fría y cargada de desprecio, Gabriel se le acercó casi de manera amenazante.

-Para mí si lo tiene, Helena. Lo hago por mi familia y por las familias de que no tuvieron la suerte de defenderse. Esto no puede seguir así.

Ella trató de argumentar pero no pudo. El silencio tragó sus cuerdas vocales.

-Mi señora, debemos irnos.

Gabriel le dio la espalda para no verla con ese rostro de angustia ni miedo. Sólo alcanzó a ordenar que la alejaran de su vista. Fue entonces cuando Helena recordaría el brillo del metal alejándose de ella, como un recuerdo triste.

La subieron a un carruaje con unos cuantos guardias reales y la encaminaron a un fuerte un poco lejos del castillo. Apenas fue notificado, Gabriel suspiró de alivio al darse cuenta que ella estaría lejos del peligro.

-Reúnan a todos y cada uno, no quiero rezagados. El momento llegó y es ahora cuando tenemos que pelear verdaderamente por nuestras vidas.

Cientos, no, miles de soldados fuertes, altos, intimidantes, se preparaban para la batalla. Gabriel percibió en el aire que la presencia del enemigo se hacía cada vez más palpable.

-No falta demasiado para que estén aquí.

-Mi señor, estamos listos.

Él se subió a su caballo e hizo un recorrido entre las filas de hombres. Se sintió orgulloso de verlos así, con ese aspecto aguerrido, fuerte, inquebrantable. Se colocó al frente de todos ellos, junto a él como de costumbre, el comandante general con el estandarte de la casa. El banderín con la imagen del dragón rojo ondeaba en el viento del día. Gabriel supo que faltaba poco para el enfrentamiento final.

Esperó ansiosamente. Encontró sospechoso el silencio del campo abierto así que estuvo atento de los próximos movimientos. De repente, una flecha con punta de fuego cruzó los aires y cayó muy cerca de él. Todos permanecieron atentos ante su señal y fue cuando vio una línea de hombres que se dirigían ante ellos.

-ESPEREN LA SEÑAL.

Gritó a todo pulmón.

A pesar de la distancia, se pudo escuchar los gritos de los hombres que venían hacia ellos. Siguieron esperando pacientemente porque sabían que su rey, quien había estado en batallas con ellos, sabía cuál era el mejor paso para continuar.

Acortaron los metros y él finalmente desenvainó la espada y alzó el brazo con fuerza.

-PREPARAOS. PREPARAOS.

Todos se colocaron en posición y Gabriel descendió la espada hasta el suelo.

-FUEGO.

Las catapultas lanzaron bolas de fuego y hierro, tan grandes que parecían proyectiles para tumbar gigantes. Los primeros lanzamientos hicieron retroceder a la primera línea ofensiva y ellos pudieron avanzar.

-PREPARAOS.

En un costado, como una táctica sorpresa, apareció la caballería. Gabriel dedujo que aquello se debió a una estrategia para rodearlos y acabar con ellos rápidamente. Pensó en un momento si era adecuado llamar a sus dragones o si aquello más bien era una especie de trampa.

Se decantó por esto último, así que esperó un poco más.

-PREPARAOS. HACED LA ALINEACIÓN ACORDADA.

Mientras la catapulta se concentraron en el frente, el resto se preparó para la embestida de la caballería. No obstante, la sonrisa de Gabriel brilló en el horizonte ya que hizo una señal. Una ola de flechas cayó sobre el enemigo, haciéndolos retroceder. Él, aún en la punta, avanzó con rapidez abriéndose paso entre los hombres que ya estaban sobre ellos.

Fue en ese instante cuando los atacantes se prepararon para la segunda fase, dejar que él peleara solo para aprovechar la vulnerabilidad y matarlo. Sería con una flecha envenenada. De no resultar, Gabriel moriría por la estocada de un guerrero que lo tomaría por sorpresa. Trataron de cubrir todas las posibilidades y escenarios. Estaban preparados.

El Padre descendió del caballo con tan agilidad que tomó por sorpresa a quienes estaban esperando combatir contra él. Adoptó una postura de ataque y enseguida comenzó a pelear con increíble destreza. Quienes estaban allí, no se encontraban muy seguros de pelear contra él. Pero no había nada que hacer, al final del día él era una amenaza que había que aplastar.

Gabriel sintió que estaba entrando en calor, confió en sus hombres y en la estrategia que había establecido para vencer. Sin embargo, tuvo la extraña sensación de que algo no estaba bien. ¿La razón? Se encontró en un punto aislado sin darse cuenta.

Enterró la espada en un cuerpo que trataba de abalanzarse sobre él cuando decidió reunirse con su ejército. Silbó para que su caballo fuera a por él pero no sucedió. Miró para todas partes y vio a su fiel amigo echado en la tierra con una herida mortal. Trató de ir hacia él cuando observó que una flecha fue hacia su dirección. Logró esquivarla a duras penas. Fue allí que confirmó que estaban buscando matarlo.

Como ese terreno lo conocía como la palma de su mano, corrió rápidamente en una de las adyacencias en el bosque de sal. Aunque no había demasiados lugares para esconderse, al menos le daría suficiente tiempo para pensar qué hacer. Respiró profundo y cuando decidió salir, fue acosado por una nueva ráfaga de flechas.

-JODER.

Estaba solo y sin posibilidad de moverse demasiado. Trató pensar en un plan. Sin duda estaba acorralado.

Podría llamar a uno de sus dragones pero sabía que herirlos también sería un golpe duro para él debido a la conexión que tenía con los tres. Además, los

consideraba como parte de sí mismo por lo que se negó con insistencia en tomar ese recurso.

La indignación de aquella provocación, la ira de no tener la manera de cómo escapar, le produjo esa misma sensación que tuvo cuando se enfrentó a los ladrones cuando era un muchacho. Hizo un esfuerzo para controlarse pero no pudo... Fue demasiado tarde.

El calor que nació en la boca del estómago, se redirigió a todas sus extremidades. De repente, su piel blanca cobró un color rojizo como su cabello. Los ojos grises también se tiñeron de ese tono. Gabriel abrazó por completo su ser como hombre y como dragón.

Se levantó del suelo y sostuvo con fuerza su espada. La misma, pareció transformarse en una larga lengua de fuego. Caminó hacia su instinto le dijo, pudo percibir la presencia del enemigo muy cerca y fue hacia él.

Encontró el escondite de sus asesinos en cuestión de minutos. Ellos, entre los gritos de desesperación y terror, quedaron consumidos por las llamas del cuerpo y la espalda de Gabriel. Él, en ese punto, ya no era el mismo.

Su hambre de destrucción arrasó con todo lo que encontró a su paso. Destruyó carrozas así como todo tipo de armas, se abrió camino con el fin de encontrar a los conspiradores. En su mente, la imagen de su familia brutalmente acosada y destruida estaba tan latente como un recuerdo imposible de borrar.

Sus gritos retumbaron sobre toda la tierra negra. Sus enemigos no pudieron huir demasiado lejos. Los encontró con la misma expresión de miedo que tuvo él cuando sintió la espada que amenazó con su vida cuando tan sólo era un chico.

Sin embargo, la imagen de Helena apareció de repente en su mente. La sonrisa y los ojos verdes amables, las carcajadas así como la suavidad de su piel. Tan blanca, tan perfecta. Entre toda la tragedia ella era lo único real y sincero.

Fue allí cuando encontró la calma, cuando decidió que ya no era quien para hacer justicia y en ese instante, el filo de una espada casi lo atravesó por completo.

XII

Los caballos galopaban a toda velocidad. El carruaje parecía flotar sobre el suelo y algunos soldados de la guardia real apenas podían mantener el paso. Helena no paraba de mirar hacia el exterior como si tuviera la esperanza de que Gabriel apareciera en cualquier momento.

Se aferró a la voz interior de que él estaba bien hasta que sintió una aguda punzada en el pecho. Se llevó las manos en donde sintió el dolor y cerró los ojos. Algo no estaba bien y se encontró segura de que tenía que ver con Gabriel.

Quiso gritar, quiso decir algo pero no pudo. Era como si su garganta se hubiera cerrado para evitar que dijera palabra alguna. Estaba cargada de un sufrimiento que le atravesó el cuerpo.

Finalmente llegaron a destino. Los guardias la guiaron con cuidado y procurando que lo hiciera rápido para evitar las miradas de los curiosos. Sin embargo, para Helena las cosas sucedían con lentitud. La realidad la sintió distorsionada, transformada en algo que no pudo ni quiso entender.

La dejaron en una habitación sola. Ella se levantó y se dirigió hacia la ventana a la espera del aleteo noble de los dragones. Permaneció allí por un largo rato, con la esperanza en el borde de los ojos. No hubo respuesta, no hubo nada más que el silencio y el frío que se volvieron más intensos con el paso de las horas.

Los días transcurrieron tan iguales como el momento que llegó al fuerte. Siempre sentada allí, en la cama o entre los pasillos en la búsqueda de un guardia real que le diera una respuesta de la situación. Nadie le decía nada.

Esperó ansiosamente. Incluso pensó que faltaba poco para volverse loca. El tiempo transcurrió y el dolor no desapareció.

Mientras caminaba por los pastos del fuerte, se le acercó un guardia.

-Mi señora, le ha llegado una comunicación urgente para usted.

Le entregó el pergamino y ahí mismo se fue. El corazón le latió con fuerza, especialmente porque sintió que la conexión que sintió con él desapareció de un momento a otro.

“*Su majestad.*”

Lamento ser portador de malas noticias. El Padre fue herido en batalla mientras defendía el honor de su casa y de su familia. Se han hecho grandes

esfuerzos por mantenerlo vivo pero no sabemos si resistirá lo suficiente. Le envió esto con la esperanza que llegue a sus manos lo más rápido posible. Es urgente su presencia aquí. Haremos lo necesario para trasladarla con la seguridad que merece.

Quedo atento ante su respuesta”.

Helena sintió que la vida cayó sobre sus pies. No obstante, un rayo de esperanza la hizo reflexionar que, afortunadamente, él al menos estaba vivo. No en las mejores condiciones pero vivo.

Así que salió corriendo y ordenó que la llevaran al campamento en donde todavía estaban atrincheradas las tropas.

Ella no esperó comer ni dormir, mucho menos prepararse para un viaje tan largo. Sólo estaba motivada con las ansias de verlo y de tenerlo entre sus brazos.

Las horas se convirtieron en días. A pesar que la distancia no era muy grande, los estragos en el campo de batalla fueron suficientes para retrasar la llegada de la reina de fuego. Después de sortear una serie de obstáculos y dificultades, lograron atravesar los campos maltrechos y la tierra herida por la guerra.

Las tropas supieron de la presencia de Helena al bajar del carruaje sin mucho protocolo. Los hombres la observaron correr en medio del caos para reencontrarse con el Gabriel. Ella no escuchó palabra alguna en el proceso, sólo estaba concentrada en encontrarlo.

Abrió las telas que la condujeron en la estancia principal. Gabriel estaba acostado sobre una ancha tabla, rodeado de velas. Junto a él, se encontró el comandante general quien dio un sobresalto cuando miró a Helena.

-Su majestad, ha venido con tanta rapidez...

-Dígame, ¿qué ha pasado?

El pobre hombre dio un largo suspiro.

-Mi señora, aislaron a nuestro rey de sus tropas. Quedó rodeado de unos cuantos hombres pero pudo sortear el ataque. Es un señor con grandes habilidades en batalla, por eso nadie de extrañó de que se encontrara solo. Sin embargo... - Tragó fuerte- Recibió una herida que casi lo mató, mi señora. No pasó así quizás por un juego del destino.

Helena se acercó a él con cuidado y miró la palidez de su rostro. Incluso el rojo de sus cabellos perdió el brillo. Presintió que estaba mal porque a pesar de todo,

era una persona fuerte y voluntad de vivir.

-... Ahora solo estamos esperando. Los médicos lo han observado y sus pronósticos son reservados. Por eso la llamé, mi señora. La llamé porque sé lo importante que es esto para usted y para nuestro rey.

-Gracias. Gracias. Estaba tan preocupada y sus palabras fueron arte de la respuesta que necesitaba entre tanta angustia. Así que no se preocupe, me quedaré con él tanto tiempo como sea posible. Todo el tiempo. Vaya a descansar.

Helena olvidó el sueño y el hambre. Todo ahora giró en torno a él.

Tomó sus manos y las frotó con suavidad. Algo dentro de ella la convenció que ciertamente tenían una fuerte conexión, por lo que pensó en transmitirle todo lo que pudo a través de la piel. Cerró los ojos y se concentró.

Pensó en la vez que la miró dominar los dragones, la vez que sus cuerpos quedaron envueltos en las llamas de la lujuria mientras estuvieron juntos. Recordó las veces en las que él le dijo la historia, su historia, el sufrimiento que pasó y la necesidad de vengar a aquellos inocentes como él.

Cayó la noche y todos estaban en la expectativa de lo próximo que pasaría. Helena estaba cansada pero el tenerlo así, entre la vida y la muerte, le dio las fuerzas que necesitó para insistir. Porque estaba determinada en insistir. Así pues que se quedó dormida acompañada por las luces de las velas y el silencio de la noche.

Gabriel estaba sumido en una oscuridad en la que tuvo consciente por segundos. Después de esa estocada, sus enemigos celebraron momentáneamente su triunfo, lo que no se esperaban era que él regresó a la vida un instante para lanzar un último ataque que los fulminó al instante. Después de regocijarse de la victoria, cayó al suelo sintiendo el filo que le atravesó hasta el espíritu. El último recuerdo fue el rostro de Helena difuminándose entre los pensamientos.

De a ratos logró estar consciente de lo que sucedía a su alrededor. Escuchó la voz del comandante general que le gritaba, que le pedía que reaccionara. Sintió que lo trasladaban y casi pudo sentir el calor de la sangre que corría por su piel. El olor a óxido, el olor a muerte.

Se dejó vencer por el cansancio y cuando ya estaba entregado a su destino fatal, escuchó los sollozos de su mujer, de su reina que le reclamaba su presencia.

-Ven a mí, Gabriel. No me dejes sola. No me dejes sola aquí. No podría seguir... No podría.

Su voz estaba desgarrada por la desesperación. Incluso le pareció un poco gracioso que tuviera esos sentimientos por él cuando inicialmente le profesaba un profundo desprecio.

Como si hubiera recibido una inyección de vida, la piel de Gabriel se volvió un poco más brillante y el rojo de su cabello retomó ese rojo encendido. Poco a poco, abrió los ojos y se encontró con la cabeza de Helena sobre la mesa de madera.

-Mi señora...

Alcanzó a decir las palabras con cierto esfuerzo. Ella lo miró feliz porque realmente sí tenían la conexión que supuso desde un principio.

-No te muevas demasiado... Quédate tranquilo.

-Estoy tranquilo... Ya lo estoy contigo aquí.

Ella sonrió entre las lágrimas.

La recuperación de Gabriel tomó tiempo. Sin embargo, la fuerza de voluntad de un hombre como él, era algo que se podía ver a leguas.

Gracias a ello y gracias a la victoria que casi le costó la vida, Gabriel se convirtió en el soberano de un imperio grande y poderoso. Apenas supo la noticia de los reinos adheridos al suyo, sintió que por fin cumplió con el objetivo que tanto deseó desde que su familia fue despojada y vejada. Aun así, no se sintió satisfecho ni remotamente alegre. Faltaba algo más.

Helena estaba decidida a apoyarlo pero la vida de su reino y la de su padre, seguían en peligro así que estaba en una situación particularmente difícil.

Esto hizo que El Padre, El Señor de los Dragones, pensara mejor las cosas. Estuvo a punto de morir por una causa y ahora, que ya la había logrado, tuvo una sensación de vacío. Tomó esto como una especie de señal, quizás era mejor echar un poco para atrás y reconsiderar algunas cosas.

Miró a su esposa y supo que no era justo para ella la lejanía que le forzó tener desde un principio. Así que le permitió visitar a su padre por el tiempo que quisiera. No estaría mal incluso desde el punto de vista estratégico.

Esos días los tomó para encerrarse en el estudio y para mirar fijamente el mapa que tenía frente a sí. Los puntos rojos llenaron casi toda la superficie. Se tocó la herida cerca del pecho, aunque cerrada, a veces sentía que le molestaba.

La acarició con suavidad y luego se percató que la solución la tenía frente a sí.

Él debía actuar como el ente de unión entre las tierras que ahora son suyas. Formar así una sola nación y hacerla fuerte, próspera. Sin divisiones, ni más disputas.

Tomó tiempo para hacer y más para convencer que ya no era una amenaza sobre los demás. Sin embargo, fue un proceso interesante ya que sus decisiones dejaron de sentirse incómodas o mal recibidas. Como señal de que las cosas iban por buen camino, fue a encontrarse con su reina en la tierra natal de ella.

A diferencia del primer día, lo recibieron con todas las pompas de un nuevo monarca. Ella lo esperó más hermosa que nunca en la escalinata que sirvió de encuentro entre los dos mundos más opuestos que existían.

Vestía un hermoso vestido blanco y parte de su cabello largo estaba suelto. El viento pareció acariciarla con la misma gracia con la que estaba esperándolo. El encuentro bastó para una gran celebración.

Los días posteriores fueron de júbilo. Los recuerdos de guerra y destrucción quedaron en el pasado.

Al regreso, Helena no pudo evitar sentirse satisfecha con que, gracias al capricho del destino, ahora estuvieran juntos.

Después de todos los tragos amargos y del miedo, ella ansiaba estar de nuevo con él, ansiaba entregarse como solía hacerlo antes de todo. Por otro lado, y ya con las fuerzas recobradas, Gabriel deseó lo mismo. Por eso apretó la mano de su mujer y la miró con intensidad. En ese instante le desnudó por completo, le despojó del pudor escondido detrás de las ropas.

Llegaron al gran castillo negro, en cuya torre más alta, danzaban los dragones en tono alegre. Se dirigieron al mismo pasillo oscuro que los conducía a las mazmorras. Caminaron juntos de la mano y con la actitud preparada a asumir la pasión de sus carnes.

Al llegar, ella notó las cadenas en el suelo aparte de las que estaban en la pared. Sin que él le dijera nada, se quitó la ropa y quedó desnuda sólo para él. Se giró para que los ojos de su dueño se pasearan sobre la piel. Extendió sus brazos y piernas para que Gabriel la atara y así ella volviera a la condición de esclava.

Los dedos de él rozaron su cuerpo, desde las piernas, pasando por el torso y los pechos. Los pezones duros, la respiración agitada y el coño que percibió húmedo y palpitante. Se acercó a ella y la tomó por el cuello con fuerza.

Se besaron como nunca antes. Fue tan intenso que Helena sintió una especie de

bola de fuego que creció por dentro y que se expandió hasta el último centímetro de ella. Quedó envuelta en una llamarada azul como le pasó a Gabriel en la primera noche.

Sus cuerpos se unieron entre sí en una armonía de lujuria. Gabriel se consolidó como dueño de ella y Helena en la esclava de fuego.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde

conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de

mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.